

1 de Diciembre de 1898



ENTRADA

1898

Año VI.—Número 143



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

Á LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES ADVERTENCIA IMPORTANTE

LAS MISIONES CATÓLICAS se publicarán desde el año 1899 sólo UNA VEZ AL MES y en cuadernos de 24 páginas.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN: ESPAÑA: un semestre, 4 pesetas; un año, 8 pesetas.

EXTRANJERO: un semestre, 5 francos; un año, 10 francos.

Se admiten subcripciones en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona; y en Casa de los señores Corresponsales de la misma.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Coimbatour*: Conversiones entre los parias canaras.

Territorio de la Pampa Central: Excursión apostólica del Ilmo. D. Juan Cagliero.—Descripción de la Pampa Central.—Sus primeros dominadores.—Actuales habitantes de la Pampa.—Residencias de Misiones.—Frutos de la Misión.

EL R. P. ANGEL ABASOLO, misionero de Filipinas y primer provicario apostólico de las restauradas Misiones agustinas de China (*continuación*).

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—VII (*continuación*).

EN LOS RÍOS DE MONDA.—XVIII, Cautivo á orillas del Fang.—XIX, Una conversión rara.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER.—IV, Permanencia en el fuerte Archinard.

LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS.—II, Luchas.

EN LAS MISIONES DE ÁFRICA.—Historia de un niño.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE.—Templo de Reconquista.—XXII, Colonia Avellaneda.

CRÓNICA.—Jerusalén.

AL ESCORIAL (poesía).

LA DIVINA PROVIDENCIA.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

TOCHE-KIANG.—Costa y bahía de los *Bambous violets*.
— Pagoda imperial cubierta de tejas amarillas.

MUJER DE SAY.

SUDÁN FRANCÉS.—El *Aube* en Fuerte Archinard.

MARÍA, VENCEDORA DE TODAS LAS HEREJÍAS.

GABÓN.—Un convertido de Etameyón.
— Alberto.

ESPAÑA.—Vista del Real Monasterio del Escorial.

LEA O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

Un día en presencia del Emperador y de Fausta, había hecho al mayor de sus discípulos, al príncipe que después fué el emperador Constantino, una pregunta sobre las guerras de Pompeyo; y el adolescente, nutrido en la doctrina de Cicerón y de Salustio, trazó un rápido y brillante cuadro de la guerra civil, de la conspiración de los patricios, del complot de Catilina, y de la prolongada lucha entre los Cesarianos y los Pompeyanos; mostró en fin á César vencedor en Farsalia, quedándose él solo con el poder supremo, y terminó con una filial alusión á su padre, vencedor á su vez de la Roma antigua, de la Roma pagana y de las conspiraciones no interrumpidas de sus enemigos.

Constantino sonreía: Diomedes, colocando su mano sobre la cabeza del joven, dijo con entusiasmo:

—¡Tú serás Marcelo!

Fausta dirigió á su esposo una mirada interrogadora, y dijo con voz tímida:

—No se le ha prometido un imperio...

—Es verdad, repuso Constantino, pero aun sometido á su hermano Crispo, le rodearán honores en número suficiente para dejarle satisfecho. Estoy contento de todos mis hijos, y no puedo olvidar que Crispo, aunque tan joven, se hubiera hecho ya acreedor, según las antiguas costumbres, á la corona naval y la corona cívica: su padre y su soberano le recompensará.

Fausta no contestó; había fijado en su hijo una mirada pensativa, y parecía prestar poca atención á las palabras del Emperador, que le decía:

—Creo que recibiréis con gusto la noticia de que esa joven patricia, amiga de mi hija y protegida por mi madre, Lea Valeria, está preparándose para recibir el Bautismo. Obstinada desde mucho tiempo en el Paganismo, la gracia de Dios ha conmovido de improviso su alma al saber que era hija de un Mártir. Como mis predecesores, soy tutor y protector de los huérfanos nobles; y Lea, al hacerse cristiana, adquiere aun más derecho á mis cuidados, y á los vuestros, señora...

Fausta murmuró algunas palabras de asentimiento, y Constantino se alejó acompañado de sus hijos, dejándola en compañía del griego.

—¿Sabéis qué noticia acaba de darnos el Emperador? preguntó Fausta.

—¿Cuál, señora?

—Una respecto á Lea Valeria.

—¡Ah! sí, algo había oído: la emperatriz Elena y Constancia Augusta aman mucho á esta

joven y la destinan, según se dice, al César Crispo; ya por instigación suya el Emperador le ha devuelto los bienes de su madre, confiscados bajo Diocleciano: una vasta posesión en Sicilia y otra en la Liguria completan su patrimonio, y la hacen digna del Príncipe.

—¿Era, pues, cristiana su madre, y murió por la fe?

—Parece que sí, respondió Diomedes, y á pesar del imperio que tenía sobre sí mismo, asomó en su frente el rubor. El apóstata no podía, sin avergonzarse, recordar los combates y el valor de una mujer.

—Crispo se hará poderoso, dijo Fausta, demasiado poderoso para mí y para mis hijos. El Emperador piensa ya asociárselo al poder.

—Acaso aguarda sólo su enlace para conferirle nuevos honores.

—¿Quién sabe? ¡Ah! Diomedes; ¡cuánto sufre una madre viendo la humillación de sus hijos! ¿Por qué mis hijos, tan hermosos, tan inteligentes, no son los preferidos? Yo soy hija de un príncipe, y mis hijos vegetarán en un rango inferior, sujetos al hijo de Minervina! Este pensamiento acibara mis días.

—Convendría alejar á Crispo.

—¿Cómo? Su padre le quiere, le honra, y se contempla en él á sí mismo.

—Es verdad, pero el Emperador os ama también á vos.

—Sin duda, mas no tanto que prefiera mis deseos á lo que él llama la justicia y el derecho.

—Si; pero si se le demostrase que este hijo tan amado, tan preferido á los demás, ha faltado al respeto á su padre...

—¿De que modo? dijo Fausta en tono de incredulidad; Crispo parece el mejor de los súbditos y de los hijos.

—¡Parece! repuso el griego. Y si hiriese á su padre en la niña de sus ojos, ¿le conservaría su favor?

—No, sin duda; pero ni vos, Diomedes, por mucha que sea vuestra habilidad, ni yo, por grande que sea el interés que me impulse, podremos influir en el ánimo prudente de Crispo: tal es para con su padre, y tal quedará.

—Señora, dijo el griego, ¿habéis leído á Eurípides y su *Hipólito*?

Mirole Fausta, y comprendió al punto.

—Una palabra, añadió él, es á veces mas aguda que una espada: que el Emperador crea á su hijo prendado de su madrastra, y su hijo tendrá que temerle todo. Vos sabéis mejor que yo cuán impetuoso es el carácter del Emperador; tampoco ignoráis hasta dónde llega su amor y sus celos...

Se ha puesto á la venta este Almanaque que anualmente publica la REVISTA POPULAR, con grandes y artísticas mejoras, las cuales lo convierten en uno de los más hermosos almanaques católicos. Tamaño igual al de la «Revista Popular». Numerosos grabados. Elegante cubierta. Interesantes relaciones, novelas, poesías escritas por distinguidos escritores españoles. Reproducciones de preciosos cuadros nacionales y extranjeros. Fotografías de Joaritz y Maries, J. Thomas y J. Furnells. PRECIO: 50 CENTIMOS, y 60, remitido por correo. Librería y Tipografía Católica, Pinar, 5 Barcelona.

PARA EL AÑO 1899

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA

TA POPULAR, con grandes y artísticas mejoras, las cuales lo convierten en uno de los más hermosos almanaques católicos. Tamaño igual al de la «Revista Popular». Numerosos grabados. Elegante cubierta. Interesantes relaciones, novelas, poesías escritas por distinguidos escritores españoles. Reproducciones de preciosos cuadros nacionales y extranjeros. Fotografías de Joaritz y Maries, J. Thomas y J. Furnells. PRECIO: 50 CENTIMOS, y 60, remitido por correo. Librería y Tipografía Católica, Pinar, 5 Barcelona.

CORRESPONDENCIA

COIMBATOUR (Indostán)

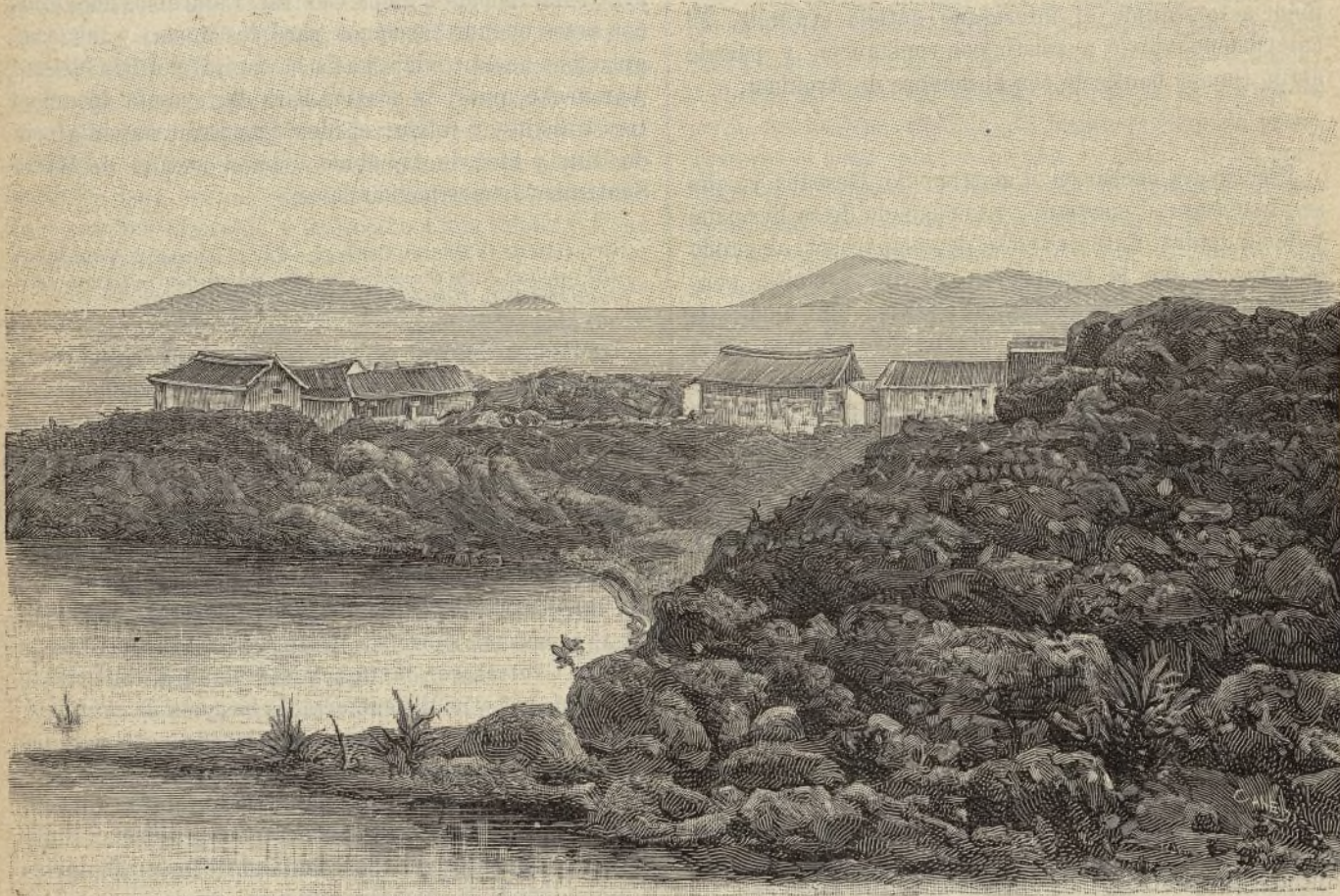
Conversiones entre los parias canaras

Uno de los más jóvenes misioneros de la diócesis de Coimbatour, el P. Deniau, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, dirige en la carta siguiente una súplica á todos nuestros lectores para que le ayuden en la santa obra en que se ocupa, obra tan interesante que no cabe duda será acogida benévola-mente.

LEGUÉ á estas lejanas tierras, á Coimbatour, y el primer consuelo que recibiera mi corazón fué... hallarme entre una casta pagana en su totalidad, la de los parias canaras. Son originarios de Maissour,

amenazas de sus parientes paganos difirieron para más adelante su proyectada conversión.

Ignoraba por completo su paradero cuando, pasados tres ó cuatro meses, un día halléme con el marido en el hospital. Estaba gravemente enfermo, y costóme poco trabajo hacerle aceptar el bautismo. Al cabo de algunos días espiró, recomendándame repetidas veces que bautizara á su mujer y á sus hijos. Mandé buscar la viuda, y díjele que si quería juntarse en el otro mundo con su difunto esposo menester era que en éste siguiera igual camino que él siguió. Conmoviéndola este argumento. Empezó á estudiar, y después de algunas semanas era ya hija del verdadero Dios. Persiguiéronla de mil maneras, y la expulsaron de la costa. Su madre fué castigada con 12 *annas* de multa por haber llevado su condescendencia hasta comer en casa de su hija



TCHÉ-KIANG (China).—Pou-tou.—Costa y bahía de los *Bambous violets*. (Pág. 542)

y hace aproximadamente medio siglo que viven en este país. Ciertamente es que son parias, pero distingue esta raza de las demás un fanatismo nada común: cuando en 1878 azotó estas regiones el hambre, sufrieron grandes penalidades, pero negándose á aceptar la verdadera fe: dos ó tres ancianas fueron las únicas convertidas.

El próximo pasado año conocí á un hombre de esta casta. Háblele de Religión, y como me pareciera muy bien dispuesto le regalé un librito que él leyó con suma atención. Algunas semanas habían transcurrido cuando un día presentóse ante el catecumenado, acompañándole su esposa y dos hijos. Llegué á convencerme de su constancia, y pensaba ya bautizarlos, cuando dejaron de venir. Después he sabido que intimidados por las

«caída en la religión;» pero Sanday, nombre que recibió al ser bautizada, resistió valerosa todos los ataques del airado enemigo. No se dejó intimidar, antes al contrario, consiguió que su hermano, joven de veinte años, se hiciera catecúmeno.

El Paganismo con todas sus fuerzas procuraron conservar al que veían huía de su lado:

—Tú te haces cristiano; muy bien, le dijeron: pero pronto llegará la edad en que desearás contraer matrimonio, y entonces ¿quién de nosotros te dará su hija? Los únicos cristianos que en toda la costa existen son tu hermana y la Masty, pobre vieja de setenta años.

Este argumento produjo el deseado efecto, y este joven cesó de venir.

Me dirigí inmediatamente al horfelinato de niñas: expliqué á la reverenda Madre Saint-Denis mis apuros, y pregunté si por casualidad habría entre sus huérfanas alguna de la casta de los parias canara.

La Madre Saint-Denis púsose las gafas con toda la solemnidad que el caso requería, mandó traer el gran libro registro de matriculadas, abriólo, y en sus primeras páginas aparecen dos hermosas huérfanas de carne y huesos, de 15 y 16 años, y de la misma casta que el joven causante de mi embajada. Expuse la causa de mi defendido con cuanta elocuencia supe. La Madre Saint-Denis hizome algunas objeciones, pero sólo de pura fórmula, y acto seguido, quitándose las gafas con tanta solemnidad como se las pusiera, díjome que podía contar con su cooperación.

Regresé contento, y creo inútil añadir que ni un solo instante guardé la noticia, sino que al contrario, comuniqué acto seguido al interesado noticia tan feliz. El catecúmeno volvió á asistir con constancia, y pasado algún tiempo bauticéle con el nombre de Arokiam.

Preciso era pensar en el matrimonio. Deseaba yo que se presentara al convento, acompañado de su hermana y de su madre. Este excusóse de comparecer, alegando el temor de que le impusieran una nueva multa, pero no faltaron dos viejas parientas paganas que, menos tímidas y mucho más curiosas, ofreciéronse á formar parte del acompañamiento.

Después de los regalos de rúbrica se trató de lo que motivaba la entrevista, importante negocio que fué resuelto en un momento, pues la impresión era excelente en una parte y en otra.

Durante la visita las dos viejas acólitas soltaron pocas palabras; pero deseando resarcirse, en cuanto estuvieron entre los suyos empezaron á contar, exagerando como acostumbra á hacerlo siempre el indio que deja guiarse por su exuberante imaginación, las muchas y hermosas niñas que el horfelinato poseía, sirviendo con sus elogios y sin sospecharlo siquiera á la causa de Dios.

Dos jóvenes, los cuales hacía largo tiempo procuraba inútilmente arrancar del Paganismo, me manifestaron su resolución de convertirse. Algunos días después tocó su turno á todos los miembros de dos familias.

Obrábase en toda la población un cambio completo: los que antes burlábanse de los convertidos cesaron en sus burlas, especialmente desde el día en que los cuatro hijos del jefe, deseosos de instruirse, empezaron á frecuentar el catecumenado.

A lo menos en parte se ha logrado victoria, pero ésta es preciso que dé prácticos y permanentes resultados. Los jóvenes pidenme cumpla lo que les prometí.

—Tened paciencia, les contesto; Dios, que puede convertir las piedras en hijos de Abraham, vendrá en nuestro auxilio, y yo escribiré en nombre vuestro á todos los horfelinatos que conozca.

—Pero y los gastos, ¿quién se encarga de los gastos? Vos sabéis que no tenemos ni una mala *cache*.

—También yo tengo vacía la bolsa; pero, ¿veis este

periódico? llámase *Las Misiones Católicas*; este número, que es nuestro, contiene una hermosa carta de un *samior* de Pondichéry al P. Fourcade, la cual le ha hecho llover más de una *rupia*. Yo haré lo mismo que él hizo, contaré vuestra historia, y basta que la publique en este periódico para que vosotros... salgáis de apuros.

TERRITORIO DE LA PAMPA CENTRAL

Excursión apostólica del Ilmo. Sr. D. Juan Cagliero

(Correspondencia del R. P. Vachina)

ME hallo actualmente con el Ilmo. Sr. Cagliero en la Casa de Bahía Blanca de regreso de una fatigosa Misión dada en un vastísimo territorio argentino llamado Pampa Central. Estaremos unos días con estos buenos hermanos para descansar, y luego seguiremos nuestro viaje hacia la capital del Río Negro. Aprovecho, pues, la ocasión para dar cuenta de nuestros trabajos, y relatar el bien que para mayor gloria de Dios y bien de las almas, con el auxilio de María Santísima, hemos podido obrar.

Descripción de la Pampa Central.—Sus primeros dominadores.—El cacique Namuncurá.—Su vida y hazañas.—Actuales habitantes de la Pampa.—Residencias de Misiones.

La Pampa Central es uno de los nueve grandes territorios que la República Argentina ha conquistado con las armas, después del 1880, peleando contra los indios.

Es extensa como la mitad de Italia (144,000 Km.²); linda con las provincias de Buenos Aires, Córdoba, San Luis y Mendoza, y al Sur con la Patagonia Septentrional. Dos líneas férreas la ponen en comunicación con Buenos Aires y Bahía Blanca, puerto de mar militar y comercial sobre el Atlántico. El aspecto de la Pampa Central es de una vasta llanura, levemente ondulada, acá y acullá cubierta de bosques de *caldenes*, plantas de tronco grueso, poco elevado, con grandes ramificaciones espinosas y que no da fruto.

Hasta el 1880 los indios fueron su absolutos dueños, los cuales invadían con frecuencia las provincias limítrofes, robando los ganados, matando á los propietarios y esclavizando á cuantas mujeres, niños y ancianos podían echar mano.

Cacique principal de la Pampa Central era *Calfucurá*, que tenía su alcázar (todo de pieles, de forma cuadrangular y sostenido por cuatro palos) entre los Algarrobos, cerca de las *Salinas grandes*. Calfucurá mandaba en el Centro; el cacique Mariano Rosas en el Norte; Catriel en el Este, y Sayhueque correteaba en el Poniente de la inmensa zona de los ríos Negro y Colorado hasta la cordillera que divide la República Argentina de la de Chile. Tenían bajo su dependencia otros caciques y capitanejos y mucha gente de armas, las que consistían en lanzas, flechas y boleadoras: durante muchos años dieron bastante que hacer al Gobierno argentino, que hacía con ellos tratados, les pagaba considerables sumas á fin de que respetasen los confines estimulados, no hiciesen correrías y entregasen las personas secuestradas en sus invasiones. Calfucurá

había recibido del Gobierno argentino el título de general y mandaba á sus caciques Pincheu, Cayún, Lincopán, Lauguele, Colipán, Ipichún, cada cual con su tribu y hombres de lanzas. Muerto en el 1874, dejó el mando á su hijo Namuncurá, quien gobernó la Pampa hasta el 1880, cuando tuvo que empezar la guerra con las tropas argentinas y salvarse huyendo en las quebradas de la cordillera, en donde dominaba su tío el cacique Reuquecura. La distinguida familia Zeballos de Buenos Aires conserva las riendas, monturas y estribos de este impávido guerrero del desierto.

Habiéndose rendido con los caciques Catriel, Manuel Grande, Ramón Baigorreta y los indios Ranqueles, Puelches y Theulches, Namuncurá recibió el título de coronel *ad honorem* por su valor en la batalla y por haberse sometido al Gobierno legislador. Por este hecho la República Argentina entró en posesión de todo el Sud-Este de la República, es decir, de una extensión territorial de millón y medio de Km.² comprendiendo la Pampa Central, la Patagonia y la Tierra del Fuego, vastísimo campo confiado á la Congregación Salesiana.

Varios de los caciques nombrados viven todavía y están en muy buenas relaciones con nuestros misioneros, que han instruido y bautizado á sus tribus y á sus familias é hijos.

Namuncurá es uno de los caciques sobrevivientes de la antigua dominación del desierto: tiene más de 70 años, y es de buena índole y cristiano con toda su gente. El año pasado visitó en Viedma al Ilmo. señor Cagliero, pidió misioneros para las nuevas posesiones que le concedió últimamente el Gobierno cerca del *Colluncurá*, confluente del Limay y perteneciente al vicariato apostólico de la Patagonia.

Habiendo estado en Buenos Aires en Agosto último, la mayor parte de los diarios se ocuparon de *Namuncurá* y recordaron sus hazañas. De uno de ellos, *La Patria*, tomo yo los siguientes datos que completan y explican mejor los pocos que anteceden:

«Nació Manuel Namuncurá el año 1820, en el paraje denominado Pull-Mari, sobre la cordillera de los Andes. Fué su padre un descendiente de la raza de Arauco, Juan Calfucurá, poderoso cacique, que á sus ímpetus valerosos unía sanguinarios instintos. Creció el hijo del terrible cacique entre las sierras y los valles de los Andes, sin que viera jamás una pequeña muestra de civilización; sin otra educación que la habilidad de montar en pelo el ligero caballo, y el manejo de la lanza de tacuara, sin otra herencia que el valor y el ascendiente de su padre.

«Namuncurá, inteligente en lo que era posible serlo dentro de su raza, fué enviado por su padre en 1836 ante el Gobierno del héroe del desierto, D. Juan Manuel de Rosas, para que ajustara un convenio de paz. Después de la caída del tirano, volvió Namuncurá á la confederación, y se presentó ante el general Urquiza, quien lo hizo convertir al Cristianismo.

«Admirado el joven indígena de la civilización argentina, cada vez más deseoso de estrechar los lazos que debían unir la tribu de los *salineros* á la Confederación, instigaba á Calfucurá para que no se opusiera á sus aspiraciones; pero todo en vano, porque el gran cacique quería la guerra contra los cristianos.

«Muerto su padre, Namuncurá vino á ser jefe de la tribu. Entonces levantó sus tolderías en las salinas grandes, donde residió hasta 1878.

«Desde la época en que su padre combatía contra las fuerzas argentinas, Namuncurá tomaba parte en todas las acciones de guerra; pero en la que más se distinguió fué en la batalla de San Carlos, librada en el partido 25 de Mayo, en la cual tomó prisionero al cacique Raninqueo, que estaba al servicio de las tropas nacionales.

«En 1878 fué sorprendido Namuncurá en su retiro de la sierra Lihuel-Calel, de donde huyó; le siguieron las fuerzas nacionales, y le alcanzaron nuevamente en Remeco; lo derrotaron y le hicieron muchos prisioneros, entre éstos á su mujer.

«Dispersas sus huestes, abandonado de su familia, solo, Namuncurá anduvo días y días por el desierto y las serranías, sin alimentos, durmiendo al raso, muchas veces sobre su caballo, único compañero de su huida, viviendo en continuo alerta, porque se le seguía la pista. Se hallaba rendido de fatiga y llena de pesadumbres el alma, porque dejaba en poder de los enemigos á su esposa, y desconocía el paradero de sus hijos y sus hermanos... Pero en su busca no iban sólo los enemigos; iban también seres que le querían; iba su hermano menor, que le encontró en las soledades de la sierra y le facilitó recursos para trasponer la Cordillera y huir á Chile.

«Después de una larga permanencia en la vecina República, el cacique sin tribu regresó á la Argentina, con el fin de someterse al Gobierno nacional. Sabida es su presentación en Norquín al coronel Belisle, y su venida á Buenos Aires en el año 1885. Entonces fué cuando se le concedió el grado de coronel, ingresaron varios de sus hijos en el ejército nacional y se le prometieron tierras y útiles para fundar una colonia.

«El poderoso y valiente cacique que un tiempo fué rey de la Pampa, pues todas las tribus indígenas, tehuelches, araucanos, ranquelines y pecuinchos acataban su autoridad, perdió su poder omnímodo, y de señor se convirtió en vasallo. Pero su nombre sonará todavía por mucho tiempo en las llanuras y los valles de los Andes; y sus hazañas se contarán largos años por los indios atónitos, al rededor de los fogones encendidos en las puertas de los ranchos: y en cantares sencillos, entonados al melancólico son de la guitarra, agudos é imitativos de los ruidos de la naturaleza, como la caída de los arroyuelos sobre los peñascos, y de los torrentes entre las montañas, pasarán á las venideras gentes de la tribu, que habrán perdido la ignorancia de los padres.

«La dinastía de Calfucurá se extingue; y Namuncurá ha de ser el último cacique de las tribus salineras, aun cuando su prole sea numerosa, actualmente tiene un hijo de tres años. Y junto con la *familia real*, se extingue también la tribu, de la cual permanecen hoy reunidos apenas cuatrocientos indios, pues los demás están dispersos en distintos puntos de la República.

«Namuncurá, fuerte todavía, sano de cuerpo y espíritu, sin ninguna herida, no obstante haber librado muchas batallas y sufrido tantas penurias, no piensa

jamás en la guerra, y apartándose del camino que siguieron Yanquetruz, el cacique valeroso como el león, y Cachel, el héroe de la Pampa, ve con satisfacción que sus antiguos dominados se conviertan á la vida del trabajo y abandonen la lanza de tacuara.

«Poco le importa haber tenido que abdicar su omnímodo poder, y dejado de ser Rey de los desiertos meridionales; que ya no se reúnen en la inmensidad de la llanura, ó en las selvas de las montañas los principales de la tribu á fin de deliberar y oír los consejos de un anciano prudente y experimentado, como Colocolo, ó los discursos bélicos de un joven luchador, como Cau-policán, el héroe de las contiendas españolas y araucanas; que el Gobierno argentino le haya obligado á aceptar su soberanía, y haya reducido á la valiente tribu de los salineros, sin exterminarlos, como lo fueron los Pieleros Rojas de Norte-América, en una modesta colonia agrícola.»

En el mes de Agosto último fué, como ya he dicho, á Buenos Aires para ultimar con el Gobierno lo concerniente á su nueva Colonia, y habiendo tenido noticia de que el Ilmo. Sr. Cagliero se hallaba en nuestra Casa central de San Carlos, en Almagro, quiso visitarlo con sus primos, un nieto de 13 años y el penúltimo de sus hijos de 11 años. Vestía un lujoso traje de coronel, guantes amarillos que ocultaban la callosidad de sus manos, un kepis con galones de oro que hacía notable contraste con su cara arrugada y color bronceado. S. S. Ilma. y el R. P. Vespignani lo convidaron á comer en unión de otros señores; siendo digno de ver á S. S. llevar la mano del anciano y belicoso cacique para hacer la señal de la cruz antes y después de la comida. Durante ésta narraba las gloriosas hazañas del desierto, las guerillas con los soldados argentinos, sus triunfos, etc., y hablando de su rival, el cacique Sayhueque, que vive todavía, muy anciano y vagando en sus dominios perdidos, porque nada pudo conseguir del Gobierno, dijo: *Sayhueque no hombre bueno; Dios no protegerlo; yo queriendo bien á todos, no haciendo mal, confiando en Dios.* Después de la comida S. S. propuso retratarse en compañía del anciano cacique y de su hijo, nieto y primos, dejando á los dos primos en el Colegio bajo la dirección del Padre José Vespignani, para ser educados en la Religión y aprender un oficio para el provecho propio y de los *paisanos* de Colluncurá.

La Pampa Central está en la actualidad habitada por cristianos nacionales y extranjeros de 35 á 40,000, esparcidos á grandes distancias y ocupados en el pastoreo de la bagatela de dos millones y pico de animales vacunos, diez millones de ovejas, y medio de caballos. Tiene gobernador, juez, letrado, Autoridades civiles y militares y cinco importantes centros de población: Victorica, Toay, General Lagos, Alvear y General Acha, que es la capital. En esta última reside nuestro misionero P. Pedro Orsi; en General Lagos el P. Juan Franchini con el H. Barelo, y en Victorica el Padre Luís Luciani. El P. Juan Rogherone es misionero ambulante en la vastísima campaña, predicando y administrando los Santos Sacramentos de choza en choza á los colonos é indios ya cristianos. Cada dos ó tres meses visita á los hermanos misioneros que viven solos

para la *lejíta espiritual* y refocilar su espíritu, á veces aislado, desierto y estéril como la tierra que habitan. Excuso, pues, decir á V. R. cuánto importase á S. S. Ilma. visitar, como lo hizo, á nuestros hermanos en la Pampa Central.

A pesar de las repetidas instancias de aquellos hermanos y de su ardiente deseo, S. S. Ilma. no había podido aun visitar dicha Misión: el considerable número de las Casas del vicariato salesiano sobre el Atlántico; las necesidades de la Patagonia, cuyo personal es limitado por demás; las dificultades continuas creadas por el Gobierno del Río Negro se lo habían impedido. Finalmente, á mediados de Octubre, después de los ejercicios espirituales de la mitad del año, en los cuales S. S. Ilma. quiso predicar ó confesar en muchos de nuestros Colegios de la Argentina y del Uruguay, decidió visitar la Pampa Central, acompañado de este su humilde hijo y del R. P. Franchini, que había bajado expresamente á Buenos Aires para buscarnos y guiarnos á través de la Pampa. El P. Franchini, como V. R. no ignora, es misionero residente en la Pampa.

Salida de Buenos Aires.—Llegada á Santa Rosa.—Honroso recibimiento.—Sagrada Misión.—Un ejemplo de fortaleza cristiana.—Frutos de la Misión.

Salimos el 15 de Octubre, sábado, con la bendición de María Santísima Auxiliadora, bajo cuya protección colocamos nuestros trabajos evangélicos. Nada le diré de la afectuosa despedida de nuestros amados hermanos y alumnos del Colegio de Almagro. San Carlos es verdaderamente nuestro Oratorio americano, con la misma caridad y delicadeza de trato fraternal, de tal modo que uno queda prendado, y la separación es siempre muy sentida y dolorosa.

De nuestro viaje de 18 horas desde Buenos Aires á Trenque-Lauquén no sabré que decirle: viajamos durante toda la noche mal mecidos sobre un coche del tren, y al amanecer, cuando hubiéramos podido ver algo, una espesa niebla nos lo impedía. Echamos, pues, mano de nuestros Breviarios, cumplimos con los demás rezos de nuestras Reglas, almorzamos, y así pasó el tiempo de nuestro viaje hasta los primeros confines de la Gran Pampa.

Debo hacer constar que la empresa ferroviaria, que es protestante, puso á disposición de S. S. un coche de lujo, y que durante el viaje nos llenó de finas atenciones el valiente coronel Sr. Gil, rico propietario de Santa Rosa y muy amigo de los Salesianos.

A las dos de la tarde del 16 de Octubre llegábamos á Santa Rosa (geográficamente General Lagos), encontrando allí las más gratas sorpresas. En la estación esperaban á S. S. Ilma. su excelencia el Sr. D. Eduardo de Chapeaurouge, gobernador delegado del territorio, las Autoridades civiles y municipales, las escuelas públicas y un crecidísimo número de caballeros y señoras, haciendo á S. S. las más respetuosas y cordiales recepciones, y acompañándolo al templo. En el trayecto un escuadrón de gendarmes con uniforme nuevo y flamante, montando hermosos caballos bayos, se había ordenado á los lados de nuestra comitiva, y á las órdenes del comisario local, Sr. Valerca, que tiene dos de sus hijos en nuestro Colegio de Almagro, honró á



MUJER DE SAY. (Pág. 539)

su señoría durante todo el día, ya formando en la plaza, ya escoltándolo en sus idas y venidas por el pueblo.

Santa Rosa no es un gran centro de población: tiene, sin embargo, vistosos edificios públicos y privados, y una capilla aseadita y bastante decente. Está á cargo de nuestros hermanos R. P. Franchini y el coadjutor Barelo, que hace de sacristán y catequista. Son dos almas de Dios, y la población los quiere muchísimo. Su señoría quiso inaugurar en seguida la Misión; por lo que hecha oración, agradeció la manifestación recibida, determinó las funciones y su horario, y con palabra culta, briosa, acalorada, entusiasta y llena de unción exhortó á todo el pueblo á concurrir á ella y á no desperdiciar la gracia del Señor. Pasando á continuación á las dos pobres y reducidas habitación del misionero, dió principio á las recepciones de las Autoridades y de las personas principales, ávidos todos de saludar y entretenerse un momento con el primer Obispo que visitaba su territorio. El señor Gobernador, que había venido con tren expreso, regresó á la capital, en el día. La satisfacción fué completa en todos;

nuestros trabajos comenzaban, pues, con buenos auspicios, y prometían mucho.

Entre tanto había llegado la noche, una de esas espléndidas noches de primavera americana; numerosas luces iluminaban las calles y plazas; varias veces la pequeña campana había hecho oír sus sonoros bronce, y la capilla se hallaba repleta de personas de todas edades y condiciones. Predicó S. S. por segunda vez, hubo bendición, se cantó una alabanza, y con esto se acabaron las ocupaciones de este primer día. En los demás días de los diez que duró esta Misión, el Padre Franchini, como conocedor del terreno, debía estudiar las posiciones sobre que desarrollar nuestras pacíficas batallas, sacudir á los apáticos, empujar á los reacios y procurarnos los alimentos. A decir verdad, por lo que tóca á esto último, no tuvimos que preocuparnos mucho; los señores concejales pagaron los gastos, lo que les agradecemos. Su S. además de la Confirmación y del confesonario, se reservó la mayor parte de la predicación. Yo quedé encargado de la instrucción de los niños de ambos sexos. ¡Qué alegría, amadísimo Padre, ver dos y tres veces todos los días llena la capilla de tan amable juventud! Fueron muy dóciles á la enseñanza divina, y todos se llegaron á recibir los Santos Sacramentos. ¡Qué espléndido porvenir tendrían si la escuela argentina no fuera desgraciadamente laica! A los maestros les está terminantemente prohibido ocuparse en la escuela de cualquier religión, de tal modo que los pobres para no perder el pan no se atreven á abrir la boca sobre el asunto. No lo hace así la señorita Shmith, preceptora de Santa Rosa; acompaña personalmente á sus alumnas á la iglesia, dando pruebas de un carácter enérgico y de arraigadas creencias religiosas, y durante la Misión nos ayudó poderosamente para preparar á sus alumnas á los Santos Sacramentos. La Misión concluyó con más de 200 Comuniones, y cada día hubo numerosísimas Confirmaciones. Se bautizaron á bastantes y se legitimaron ante la Iglesia



SUDÁN FRANCÉS.—El Aube en Forte Archinard. (Pág. 539)

varios matrimonios civiles. ¡Lástima que el esquilero del ganado haya impedido á muchos campesinos de aprovecharse de la Misión! El fruto sin duda hubiera sido más abundante y consolador; con este inconveniente tuvimos que luchar en todas estas Misiones. Con todo, en general, podemos estar satisfechos de la población de Santa Rosa.

Su señoría durante su permanencia allí, fué honrado con banquetes y fiestas por las Autoridades locales. La condescendencia de S. S., inspirada por la caridad y unión, dejó muy buena impresión, y como el ejemplo de los superiores influye casi siempre en los inferiores, el ejemplo de las Autoridades contribuyó no poco al buen éxito de la Misión.

(Se continuará).

EL R. P. ANGEL ABASOLO

MISIONERO DE FILIPINAS Y PRIMER PROVICARIO APOSTÓ-
LICO DE LAS RESTAURADAS MISIONES AGUSTINAS DE
CHINA.

(Conclusión)

EN el año de 1885 había consagrado el P. Angel al Sagrado Corazón de Jesús el pueblo de San Miguel con solemnísimas fiestas; y al año siguiente hacía la renovación de dicho acto celebrando también la fiesta y novena con el esplendor de que da idea la siguiente descripción, que tomamos de una correspondencia de entonces: «Dió principio la novena el día del Corpus por la tarde (estando expuesto Su Divina Majestad) con Rosario, Letanías, Salve y Santo Dios, cantados; terminando el acto con la reserva y un bellissimo *Tantum ergo*; todo lo cual se repitió en los restantes ocho días. Por la mañana hubo en todos Misa solemne con motetes al Santísimo expuesto, reserva y sermón alusivo al objeto de aquellos cultos. El viernes, en que terminó la novena, además de las prácticas de los días anteriores, se hizo la renovación del ofrecimiento ó dedicación del pueblo al Sacratísimo Corazón con igual solemnidad que en el año anterior se había dedicado: este fué el acto más conmovedor. Al oír aquel eco de miles de voces que acompañaban á la de su piadoso párroco, y que al preguntarles éste si estaban dispuestos á cumplir las promesas hechas al Señor como buenos cristianos, respondían con el mayor entusiasmo: *Estamos dispuestos, y las cumpliremos, aunque para ello sea necesario derramar nuestra sangre... sí... sí...*, la emoción producida en el alma por espectáculo tan tierno era tal, que no podía menos de manifestarse en las abundantes lágrimas que involuntariamente brotaban de los ojos de los concurrentes. El mencionado P. Abasolo rebotaba satisfacción, no obstante el inmenso trabajo: no parecía sino que se multiplicaba atendiendo á todos los actos, además de estar ocho horas en el confesonario diariamente. Solo así se explica lo ordenadísimo que tiene el pueblo, que no se hallará otro mejor en ninguna diócesis de Europa. Pero sólo también su celo y robustez pueden soportar las fatigas que se toma por el bien de los fieles encomendados á su cuidado; pues nos consta que sobre desempeñar con puntual exactitud las funciones todas de párroco, ha confesado él solo en el tiempo pascual (desde Reyes á

San Pedro que dura allí), además de los enfermos, 3,732 personas entre adultos y niños de escuela y de la primera confesión.

En obsequio al mayor esplendor de ese mismo culto, terminó la torre de la hermosa iglesia que en aquel pueblo había levantado otro benemérito Religioso agustino y fecundísimo escritor, el P. Raimundo Lozano (1), colocandando en ella nuevas y bien timbradas campanas; hizo un bonito cementerio, y dejó, al salir para Miagao en 1889, bastante adelantada la capilla del mismo.

La última parroquia que administró en el Archipiélago, fué la del antiguo y religiosísimo pueblo de Miagao, al cual fué trasladado en el mencionado año de 1889, en donde tuvimos el gusto de conocer y tratar por vez primera al P. Abasolo.

No olvidaremos jamás la gratísima expresión que experimentamos al hacer nuestra primera visita al Padre Angel, y observar los efectos de su celo en la populosa parroquia de Miagao. Corrían los primeros días del mes de Febrero de 1890, cuando en cumplimiento de orden superior que nos destinaba á la isla de Panay, á continuar la obra de nuestros mayores por la evangelización de los habitantes de aquellos pueblos, arribamos á Ilo-Ilo, capital de la provincia de este nombre. Supimos allí que el ilustrísimo señor Obispo de la diócesis no se encontraba en Jaro, sede episcopal de la misma, sino que estaba girando la visita pastoral, y que debería llegar ya al pueblo de Miagao. Inmediatamente nos

(1) De una biografía MSS. del P. Raimundo Lozano que tenemos á la vista, compiamos lo siguiente: «Los cuatro años siguientes (al 1869) estuvo el P. Raimundo excesivamente ocupado, porque además del ministerio parroquial á que tenía que atender, estuvo dirigiendo sin plano, arquitecto, ni maestro, las obras de mampostería de la iglesia parroquial, y de la casa del párroco.

«La iglesia, cuya obra fué dirigida por aquél, es un bonito y bien proporcionado templo perteneciente al orden jónico.

«Tiene de longitud setenta y cinco varas, y de latitud, dieciocho y dos pies; siendo el crucero espacioso y proporcionado. El orden jónico aparece en los capiteles de las pilastras hermoso y esbelto, realizándole más y más el arquitrabe, friso y la magnífica cornisa de piedra con veinticuatro pulgadas de velada, que según palabras de un ingeniero, es excesiva para Filipinas por los muchos y grandes temblores de tierra que hay.

«El altar mayor todo de piedra llama la atención, no sólo por sus buenas proporciones, sino también por la gallardía y esbeltez del orden corintio á que pertenece. Forma un cuerpo, con su urna para el santo Patrón en el centro, y tres columnas por lado en retirada con sus bonitos capiteles, arquitrabe, friso, y preciosa y elegante cornisa, concluyendo con su frontón correspondiente. La mesa del altar también es de piedra, con las armas de la iglesia parroquial labradas en el centro. Los cuatro altares de la cruz ó de los lados pertenecen al orden compuesto, y son todos de piedra lo mismo que el altar mayor: en el de la izquierda está Nuestra Señora de la Consolación, que es de excelente escultura; al mismo lado está en su altar correspondiente la estatua del gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín; en el lado opuesto San Raimundo, y en otro altar del mismo lado el Patriarca San José. En el baptisterio hay otro altar de la misma materia que los anteriores, perteneciente al orden compuesto, y las pilastras interiores del cimborio pertenecen al orden toscano. La fachada del templo forma un conjunto ó cuerpo de arquitectura perteneciente al orden compuesto, con seis gruesas columnas de piedra, dos apareadas á cada lado de la puerta principal, y otras dos á los lados de las otras dos puertas de que consta la fachada.

«La casa parroquial está edificada sobre robustas columnas de molave é ipil, que es magnífica madera, y circunvalada hasta el primer piso, de mampostería. La parte superior es de tabla, y se compone de cuatro habitaciones, sala y galería, formando martillo con despensa, cuarto para criados, cocina separada y buenas habitaciones en la parte baja. En la sala y galería cubren á las columnas bonitas pilastras de orden dórico.»

dispusimos á partir á aquel pueblo con el objeto de presentarnos al Prelado, y ofrecerle nuestros servicios. Fletamos al efecto una pequeña lancha de vapor, y después de cinco horas de navegación llegamos ya por la noche á la playa de Miagao. Penetramos en el convento casa parroquial, y allí se nos presentó inmediatamente la figura simpática y cariñosísima del P. Angel, realzada por el color de nieve de sus cabellos que le daban el aspecto de un venerable, quien con una dulzura y amabilidad indecibles, con un rostro que rebosaba satisfacción al estrecharnos entre sus brazos, con frases afectuosísimas y paternales se deshacía en obsequios para con nosotros, ofreciéndonos cuanto tenía, y por de pronto sazónada y abundante cena para reparar nuestras fuerzas, y cómoda cama para descansar.

Al amanecer del día siguiente nos despertaron los ecos no muy lejanos de los cantos religiosos que, con acompañamiento del organo, entonaba una multitud de niños y niñas, y no tardamos en acudir á la iglesia, en la cual con emoción profundísima que hizo brotar las lágrimas de nuestros ojos, contemplamos á todo aquel pueblo oyendo con suma devoción y recogimiento la Misa que celebraba el señor Obispo, y á un inmenso grupo de niños y niñas, en número de más de cuatrocientos de cada sexo, prosiguiendo los cánticos religiosos cuyos acentos nos habían hecho antes saltar del lecho. Allí se veía la mano del celoso párroco P. Angel, y los frutos de sus trabajos apostólicos; frutos que aún pudimos apreciar mejor cuando, terminados los divinos Oficios, vimos á aquella inmensa multitud penetrar en el convento, y saludar cariñosamente al señor Obispo y demás Padres acompañantes, besando el anillo á su ilustrísima y la mano á nosotros.

Gran satisfacción debió de experimentar el ilustrísimo Sr. Arrué al ver el fervor de aquellos fieles, y la expresión de efecto y cariño filial que se dibujaba en sus semblantes.

Desde aquel día concebimos alta idea del P. Abasolo, y le profesamos grande estimación y aprecio; el cual aún creció más, luego que pudimos observar detenidamente su ejemplar conducta como párroco, y se nos ofrecieron nuevas ocasiones de presenciar escenas análogas á las descritas.

Cuatro años estuvo en el mencionado pueblo, durante los cuales se llevó á cabo la construcción de bien acondicionadas escuelas para los niños de ambos sexos, y de un sólido puente de piedra en el camino que une á Miagao con Guimbal.

Comenzó igualmente nuestro Religioso y adelantó bastante la obra del camposanto, uno de los más hermosos de la provincia, en opinión del Ilmo. Sr. Arrué, habiéndole secundado admirablemente sus feligreses, como lo habían hecho los de San Miguel y Dumalag.

Nombrado en el Capítulo Provincial de 1893, presidente de nuestra casa-enfermería de Gracia (Barcelona), se embarcó para la Península y ejerció el mencionado cargo hasta el año pasado de 1897, en que fué relevado. En la misma casa continuaba retirado, gozando de una salud al parecer inmejorable, cuando la apoplejía violentísima que le acometió en la madrugada del 23 de Septiembre último, puso fin á su vida, no ha-

biéndole dado tiempo ni aún para recibir los últimos auxilios de nuestra sacrosanta Religión.

Confiadamente esperamos, dada la conducta ejemplar que durante tantos años observó nuestro Religioso, que estaría bien preparado para pasar á presentarse ante el divino Tribunal, y que el Señor, que no deja sin recompensa un jarro de agua dado por su amor, habrá remunerado copiosamente los trabajos que padeció el P. Angel en su larga carrera apostólica; pero, por si le fuesen necesarios nuestros sufragios, suplicamos á los lectores de *Las Misiones Católicas* una oración fervorosa en favor del alma del celoso misionero y benemérito Religioso. (R. I. P.).

FR. MANUEL DÍEZ AGUADO.

Valladolid y Octubre de 1898.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

VII

(Continuación)

Al extender por vez primera después de la llegada de los Padres, la noche su negro manto sobre la populosa ciudad real, ataron á éstos fuertemente con cuerdas, y después encerráronlos en una jaula de madera parecida á jaula de tigres.

«Cuando el sol al siguiente día coloreó con sus primeros rayos las sutiles nubecillas que en Oriente jugueaban, sacaron los Padres de la jaula y formando línea hicieronlos sentar sobre un tejido de mimbres frente del insolente populacho, ávido de contemplar los predicadores de la fe. Sobre los Padres llovieron en crecido número oprobios, desprecios é insultos, que contestaron con heroico silencio, llenos de resignación y confianza en Dios. Hambre, sed, cansancio, tristeza, todo á la vez torturaban el alma y el cuerpo de los ministros del Señor.

«Al llegar la noche causaba triste impresión contemplarlos; los piés afianzados con cepos y cadenas, sobre sus espaldas un aro de hierro con que los atormentaban, dobladas con fuerza las rodillas, pálida y abatida su figura, jadeante el pecho, la boca seca y entreabierta, los ojos cargados de sueño. Mas al pretender hacerles pisotear la santa cruz estremeciéronse de terror sus piernas, sus manos y su cuerpo: «despedazad nuestros miembros, querían decir con sus significativos ademanes; pero pisotear la santa Imágen no lo haremos jamás.» El mandarín lleno de cólera infernal levántase, coge los piés de los mártires y pretende á viva fuerza ponerlos sobre el Crucifijo, pero vence la inquebrantable voluntad de los misioneros, que postrándose adoraron y besaron la imagen del Salvador.

«Durante la noche del día 11 de la 12.^a luna, al empezar la 4.^a vela los ejecutores de la pena capital llegaron agitando en sus manos antorchas encendidas. Tras ellos penetraron en el edificio de la prisión del Este el anciano Ong-Pho, acompañado de un cristiano cuyo nombre era Ong-Thuat. Estos dos hombres, llenos de profundo dolor, dejaron caer sus cabezas sobre el pecho del P. Juan y lloraron amargamente sin acertar á pronunciar palabra.

«El Padre los consoló.

«—Es preciso, les dijo, aceptar gustosos la voluntad del Señor, perseverar hasta la muerte en el cumplimiento fiel de la Religión y haciéndolo así nos reuniremos todos en el cielo.

«Despidiéronse por última vez. El primero y último día son tristes en la vida humana, pero más triste es aún el momento en que uno debe separarse de aquellos á quienes ama.

«Entre los cristianos corrió la noticia de que pronto iba á sonar la hora fatal, y presurosos abandonaron sus hogares reuniéndose en crecido número.

«Eran las siete de la mañana cuando el mandarín dió orden de conducir al suplicio á los sacerdotes cristianos.

«Desde esta hora crecen y multiplicanse las tristes escenas de dolor. ¿Qué corazón dejará de conmovirse al ver la desgraciada suerte de estos hombres inocentes? Al salir de la prisión las cadenas que ataban sus piés habían roto la piel y descubierto la carne viva, y la sangre que manaba iba señalando los pasos de estos gloriosos confesores de la fe. Tenían las manos fuertemente atadas y descubiertas las cabezas, sufriendo los ardientes rayos del sol. Tantos tormentos juntos no lograron arrancar de su rostro una indecible expresión de felicidad, y sonrientes, juntas las manos, elevaban ferviente plegaria al Dios tres veces Santo, suplicándole les concediera fuerza para sufrir con paciencia su largo martirio.

«Al llegar á la puerta principal de la ciudad detuviéronse breves momentos para escuchar al que debía leerles la sentencia. A los cuatro Padres se les condenaba á ser decapitados por ser extranjeros y predicadores de la Religión de Jesús. Al *maestro* Tri, su intérprete, condenábanle al destierro: Chu-Qué, el barquillero que los condujo, al servicio de los elefantes.

«Escuchó el *maestro* Tri la lectura de esta sentencia, y sus ojos llenáronse de abundantes lágrimas. Al peso de su justo dolor cayó al suelo, lanzando tristes gritos capaces de conmover los más duros corazones. Desde Macao había compartido con sus maestros los sufrimientos todos, con ellos fué hecho prisionero, con ellos encerrado en la casa del gran mandarín, con ellos encarcelado en la del capitán Noi-Tien, con ellos estuvo en la prisión del Este y con ellos lo conducían hasta la gran puerta de la ciudad para luego decirle que ya no podía seguirles. Felices ellos, iban á descansar de sus penalidades en el seguro puerto de la eterna felicidad, en tanto que á él dejábanlo expuesto á los fieros ataques de las tempestuosas olas del revuelto mar del mundo. Suplicó al mandarín ordenara cortarle la cabeza, pero éste permaneció insensible á sus súplicas. Viendo la inutilidad de éstas, postrado en tierra y hundida en el polvo su cabeza despidióse una y mil veces de los gloriosos Mártires. Mandaron separarle. El mandarín dió la orden de que el *maestro* Tri fuese conducido al lugar donde había sido desterrado; y los cuatro Padres restaron solos entre sus verdugos.

«Los relatados sucesos pasaron en la puerta de la ciudad á la hora séptima. Después de la trágica escena últimamente descrita ataron aún más fuertemente las cadenas de los piés y las cuerdas de las manos de los Padres. A ambos lados colocáronse formando línea peloto-

nes de soldados. Hirió los aires el primer toque de tambor y se pusieron en guardia: al segundo desenvainaron sus espadas, y al tercero las levantaron. Aun se oyeron otros tres redobles después de los cuales emprendieron ordenada marcha, vestidos todos de negro, excepción hecha de los criados de los mandarines, cubiertos con trajes encarnados. Mandaba los soldados el general Phung-Sai. Las armas heridas por los rayos del sol relucían hermosas y terribles. Tras los soldados seguía una multitud inmensa apiñada cual las espigas de fértil arrozal.

«Al medio día llegaron al lugar de la ejecución llamado Luan-Bas. Los verdugos habían levantado la columna donde debían atar á los Padres. Llegaron éstos, y postrados en tierra juntas sus manos elevaron al Señor ferviente súplica. La dulce paz de que su alma disfrutaba, la resignación y el gozo de su corazón reflejábanse en su frente serena, y causaba entre la muchedumbre que les rodeaba grande asombro. «Maravilloso es, decían todos, que viendo tan cercana la muerte permanezcan en esa singular alegría y dulce paz.»

«A la una de la tarde cortáronles los cabellos y los ataron á la columna. Ellos, en tanto, juntas como siempre sus manos y dobladas sus rodillas, conservaban su espíritu sumido en profunda oración, sin fijarse en nada de cuanto les rodeaba, y meditando los sufrimientos de nuestro salvador Jesús.

«Oyéronse por vez postrera los redobles del tambor, y desenvainando los verdugos sus espadas cortaron las cabezas de los cuatro Mártires. Rodaron aquéllas por el polvoriento suelo, la sangre corrió abundante, á la par que sus almas gloriosas, libres ya de las miserias de esta tierra, entraban en las celestiales moradas, donde gozan de eternal felicidad...»

En 1745 dos dominicos españoles, los HH. Francisco Gil de Federich, natural de Tortosa (Cataluña), y Mateo Leziniana, nacido en la diócesis de Valladolid, conquistaron la palma del martirio.

«Tres años después, dicen los *Anales Dominicanos*, el Ilmo. Hilario de Jesús, obispo de Corea y vicario apostólico del Tonkín visitó Luc-Thuy y mandó en presencia del P. Ponsgrau, vicario provincial, y de muchos otros Religiosos, abrir el sepulcro de estos dos Mártires. Suave y delicioso perfume exhalaban sus gloriosos restos, perfume que conmovió á todos los presentes. La devoción de los fieles, confirmada y acrecentada por las primeras decisiones de la Iglesia, hízose tan general que se resolvió trasladar solemnemente los cuerpos de los Mártires á la iglesia de Luc-Thuy. Un Religioso pronunció el panegírico de aquellos confesores de la fe cristiana, y después de cantar el *Te Deum* y besar respetuosamente los piés de los Mártires resolvióse sepultarlos cerca del altar de Nuestra Señora del Rosario.

«Así terminó el glorioso traslado de estos dos Hermanos Predicadores. La Iglesia, pronta siempre á confirmar los actos heroicos de sus preclaros hijos, permitió se procediera á la beatificación y canonización de estos dos Venerables.»

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

XVIII

Cautivo á orillas del Fang

AMIGOS míos, contemplad á ese hombrecillo que re-ma silenciosamente á mi lado, con las lágrimas prontas á caer de sus ojos.

Alberto (así se llama) es un pahuino de la raza de los yevuns, enemigos jurados de los esamevenos. Apenas hace seis meses vivía feliz y contento, ajeno á todo cuidado, en la casa paterna, en el fondo de su aldea. Una vez paseaba tranquilo á la sombra de los bananos,

parable (como Pilades y Orestes). A su pierna derecha habían sujetado un grueso trozo de madera, para impedirle excursiones lejanas...

De vez en cuando los guerreros le decían pasándole la mano por el pescuezo:

—¡Muchachito, por aquí pasará el cuchillo!

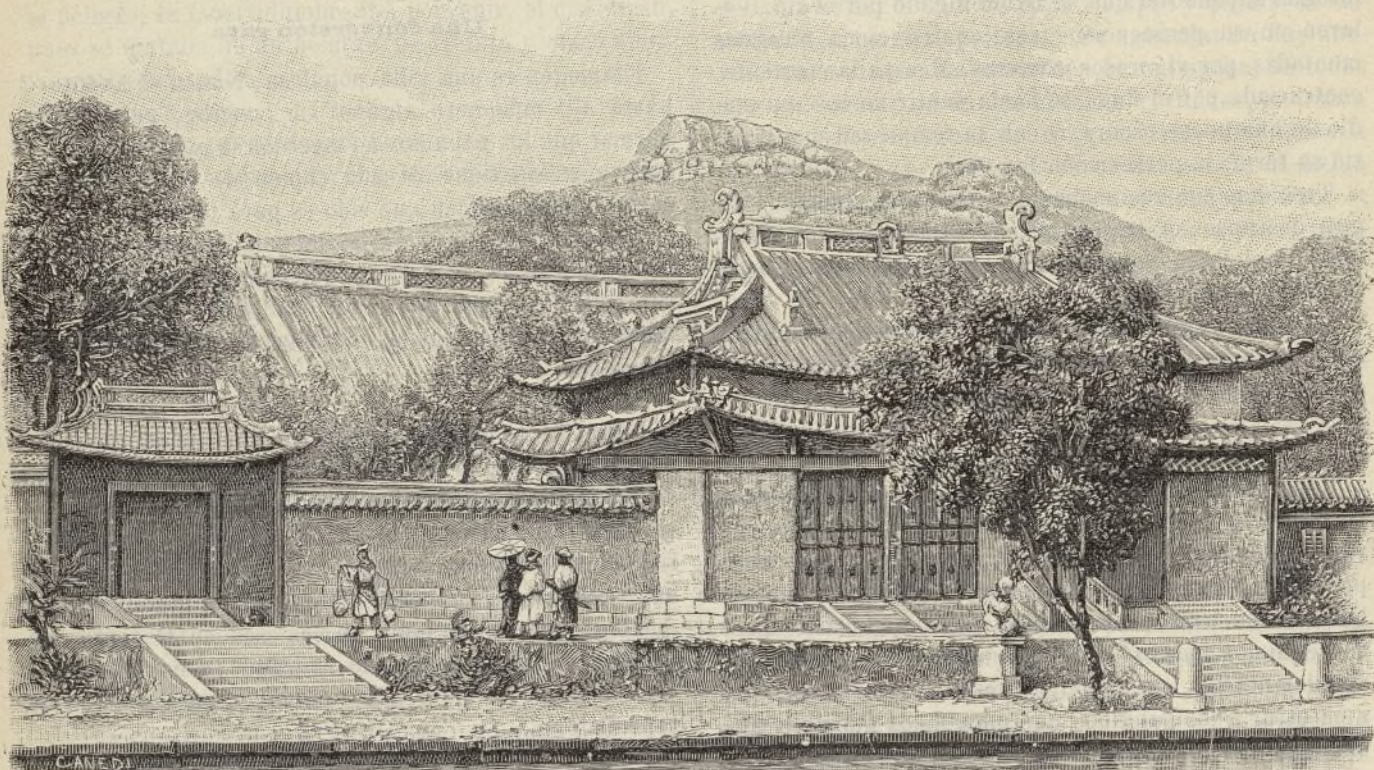
Los ancianos le golpeaban amistosamente el vientre, diciendo:

—¡Esto va bien! ¡esto va bien! ¡Dentro poco tiempo estará á buen punto!

Y los pequeñuelos, bajo la benévola mirada de sus mamás acudían á tantearle delicadamente las pantorri-llas con sus diminutos dedos, y le decían sonriendo:

—¡He aquí mi parte!

No vayáis á creer que exagero: de ninguna manera; ¡todo esto es absolutamente textual, y sucedió aun no hace tres meses!



TCHÉ-KIANG (China).—Pou-tou.—Pagoda imperial cubierta de tejas amarillas. (Pág. 542)

cuando súbitamente recibió en la cabeza un formidable golpe; cayó desvanecido, y despertóse veinticuatro horas después... en medio de los esamevenos.

Contaba apenas catorce años, y era pequeño y desmedrado; no estaba en sazón. Esto le salvó la vida, como á ciertos gallos de nuestros corrales, que por falta de gordura se reservan para ocasión mejor.

Alberto (no estaba aún bautizado en aquella época) fué reservado, pues, para... la fiesta próxima. Dícese que nuestros pahuinos no son malos; sí, pero ¿qué queréis? ¡de vez en cuando les da por engrasar el puchero!

Alberto paseaba, pues, libremente por la aldea, siempre acompañado, sin embargo, de un amigo fiel é inse-

Muchos niños de nuestra Europa, y aun hombres formados, se hubieran vuelto locos. ¡Alberto, no! Pero en secreto, con una fuerza de alma poco común, lo preparó todo para su fuga.

Y cierto día (hacía una semana que, sin que nadie lo notase, trabajaba por reunir algunas provisiones) estuvo pronto. La gran fiesta se aproximaba, la solemnidad en la que debía ser principal actor; pero, con sobrada razón, dió al traste con el programa.

Durante la noche, aprovechando una espantosa tempestad que iluminaba con las exhalaciones eléctricas la choza en que estaba prisionero; cuando una lluvia torrencial obligó á todo el mundo á buscar un abrigo, Alberto disimuladamente abrió un agujero en el tabi-

que de su choza, arrancando las cortezas una á una con mil precauciones. Tuvo un momento de suprema angustia, pues el jefe de la aldea envió á un subordinado para que se asegurase de que estaba á buen recaudo. Fingió que dormía, y apenas volvió á hallarse solo, redoblando su ardimiento rompió sus ligaduras. Inmediatamente corrió al embarcadero, cortó con los dientes el cable que retenía la piragua, amontonó sus provisiones, y ¡adelante!

Por dicha suya la marea descendía, y el curso del río era sumamente rápido. La desesperación y el terror multiplicaban sus fuerzas, y remó con toda la energía de que era capaz.

Al cabo de una hora cesó la tempestad, y entonces advirtiéndose la evasión del prisionero.

—¿A dónde habrá ido? ¿Al bosque? ¿Al embarcadero?

Buscaron por todas partes, y viendo que faltaba una piragua supusieron que se había fugado por el río. Volaron en su persecución tres, cuatro, cinco piraguas montadas por vigorosos remeros. Mas ya la corriente, contrariada por el flujo, se hacía sentir menos: en medio de una noche oscura, y con la tempestad que repitió su furia, la persecución fué vana.

Tres días con sus noches Alberto remó, tomando al gún descanso en las horas más cálidas, en los sitios más propicios, á la sombra de los paletuvios. Llegó, por fin, á la Misión.

Después de un breve diálogo Alberto fué admitido con mucho gusto, como se supone, y desde entonces es uno de nuestros mejores muchachos.

Remontamos, pues, hacia la aldea donde dos ó tres meses antes Alberto estaba encadenado. Parece temeroso: ¿quién no lo estaría en su lugar? Nos esforzamos por tranquilizarle, prometiéndole, y evidentemente lo hubiéramos hecho, morir antes que abandonarle. Poco conseguimos, pues él prefiriera hallarse muy lejos.

Adelantamos, sin embargo, pues deseamos ante todo demostrar á los pahuinos qué para todos nuestros muchachos, sea cual fuere su familia, no hay ya enemigos; todos son hijos de Dios: ¡ay de quien los toque!

Una violenta tempestad nos cala hasta los huesos, pues parece se han abierto las cataratas del cielo. Todo está sombrío: deslumbradores rayos cruzan la atmósfera con sus largas serpientes de fuego. No hay más remedio que detenerse, sin que estemos á la vista de población alguna. Luchamos, luchamos constantemente sin adelantar gran cosa, pues casi nos arrastra la corriente. A las tres un claro del cercano bosque nos permite descubrir la aldea. Ya nos han visto, y nos aguardan.

La entrada es casi á pico; no importa, pues los guerreros acuden presurosos á nuestro auxilio, gritando:

—¡Los blancos! ¡he aquí los blancos!

Casi nos llevan en hombros, uno de ellos sobre todo se hace notar por su solicitud en transportar nuestros cofres. Mi fusil especialmente, un sencillo Lefauchaux de doble tiro, causa su admiración. Una vez en el *abe-*

ne procuran enjugarlo cuidadosamente, y lo que pinta muy bien al indígena, mientras que todos los hombres pahuinos contemplan estupefactos el arma maravillosa exclamando: «¡Qué buen fusil para matar las gentes!» las mujeres sólo tienen ojos para mirar nuestros cofres, y dicen: «¡Qué buenas cajas para nosotras!» Es esto un rasgo de costumbres.

Alberto, temeroso, procura ocultarse detrás de nosotros. El jefe del pueblo le reconoce, y tomándole la cabeza le dice:

—Muchachito, si no estuvieses con el *minisse*, ¡pse! todo concluiría pronto para ti.

Haciendo un esfuerzo estrechamos la mano de este endiablado jefe. Firmase la paz. Con nosotros, Alberto nada tiene que temer. *Deo gratias*. Para nosotros ha sido un éxito completo.

XIX

Una conversión rara

Etamegon es una villa populosa. Nunca se aventuró hasta allí misionero alguno. Lo concibo; pero puedo afirmar que los pahuinos no merecen la mala reputación en que se les tiene. Si aun comen de vez en cuando carne humana, dicen que sólo es para probarla.

Nos ofrecieron una hierba del país llamada *ossa*, que nos recuerda la acedera, y que comida con huevos es sabrosísima. Esta población nos trata inmejorablemente, y creemos que en el porvenir será semillero de cristianos.

Entre tanto éramos objeto de curiosidad general: podíase contemplar la faz humana en toda su expresión de asombro. Grandes ojos fijos, rasgos convulsos por sorpresa sin límites, boca abierta hasta lo inverosímil, rostros mostrando la interior complacencia. A pesar mío, recordé la multitud de niños y niñas que el domingo rodean la jaula de los osos en el jardín de Plantas de París, mirando, mirando constantemente sin cansarse. He aquí que también nosotros teníamos espectadores...

Por la noche, como de costumbre, hubo largas conversaciones y prolongada conferencia. Habíase reunido todo el pueblo para escuchar: referimos la historia de la humanidad desde Adán. Hablamos de cosas nuevas y extrañas, y todo el mundo escuchaba, creía y aprobaba.

Uno de nuestros interlocutores pidió muchas explicaciones sobre Dios y el bautismo, y especialmente sobre el *Bieri*; y cuando al terminar la conferencia nos retirábamos fatigados, nos detuvo diciéndonos:

—Quiero ser bautizado; creo todo lo que has dicho.

Para un hombre en el vigor de la edad, el hecho es bastante raro, y le despedimos para el día siguiente.

—¡El bautismo es cosa seria! Vuelve mañana, y resolveremos con calma.

El día siguiente, cuanto el canto del gallo anunció el nuevo día, oímos redoblados golpes á la puerta.

—¡Ea, los de dentro! El sol va subiendo ya. ¿Estáis prontos?

Era nuestro hombre de la víspera.

—He reflexionado toda la noche, me dijo: no he cerrado los ojos. Creo lo que has dicho, quiero amar siempre á Dios que vino á morir por nosotros, por mí (añadió hiriéndose el pecho con repetidos golpes); bautízame.

—Amigo, aguarda un poco; vamos á interrogarte.

Mi hombre apoyó la cabeza en sus manos.

—Escucha, *minissé*; he aquí lo que tú nos referiste ayer noche.

Y lo repitió todo, palabra por palabra, sin vacilar, prueba, sea dicho de paso, de la maravillosa facilidad de nuestros salvajes para asimilarse las cosas. Cuando hubo concluido, añadió.

—Esto es todo; y todo esto lo creo, y lo creeré siempre.

Nosotros empero vacilábamos. ¿Quién sabe cuando podremos visitar este pueblo? Y luego las ocasiones, el peligro, la incertidumbre del porvenir, el qué dirán, pues se trataba de un hombre de treinta y cinco años.

—¿Eres casado?

—Todavía no.

—Y cuando te cases ¿qué harás?

—Diré á mi mujer: ¡Tú eres mi esposa por siempre; ámame bien!

—¿No tomarás más que una?

—Una sola, ciertamente.

—¿Tienes fetiches?

—Ya no tengo ninguno: dijiste que esto era malo; ¡helos aquí!

—Pero ¿y tu Bieri?

—¡No más Bieri! lo eché al agua: ¡buen viaje: era el diablo!

Esta última prueba nos decidió, después de un registro para averiguar la realidad del hecho; pues á más de que se exponía así á la cólera de la multitud y al resentimiento mucho más de temer del hechicero, ninguna superstición está más arraigada en el corazón, aun de nuestros neófitos, que el culto ó por lo menos el temor al Bieri.

Visiblemente, Dios había tocado esta alma nueva: la gracia había preparado este corazón. ¿Qué buenas acciones ó virtudes naturales le habían merecido este favor? no lo sé; pero llamé la atención que este hombre, que nunca había visto un *minissé*, por lo menos en su pueblo, fuese el primero en advertir nuestra presencia en el desembarcadero, y también el primero en hospedarnos y prestarnos mil pequeños servicios, y en esforzarse por complacernos en todo. ¡Dios le ha recompensado! pues después de algunos momentos dedicados á perfeccionar su instrucción, le bauticé con el nombre de Enrique, y luego se retiró, saboreando silenciosamente en su corazón, la inmensa dicha que acababa de tocarle en suerte.

Misionero, tú lo abandonaste todo, parientes, amigos, casa paterna, para obedecer el llamamiento de Jesús, para morir por El, pronto ó lentamente, como El disponga; pero hay días en que ya en este mundo encuentra la recompensa, en que Jesús llama al corazón de su pobre servidor para hacerle sentir ¡gozo delicioso é inefable! la recompensa terrestre del apostolado.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

IV

Permanencia en el fuerte Archinard

*In labore requies,
In astu temperies.*

SAY había enviado á nuestro encuentro, en Sansan-Hussa, un hombre llamado Usmán, encargado al parecer de felicitarnos por nuestra llegada, pero en realidad para saber nuestros intentos secretos. Embarcado con nosotros, pudo desempeñar fácilmente su cometido, puesto que no hacíamos misterio de nuestros proyectos.

Las órdenes que había recibido el comandante le compelian á evitar toda hostilidad siempre y cuando la expedición no corriese peligro, y de aguardar en Say nuevas instrucciones. La permanencia se imponía de todas suertes: en virtud de las órdenes recibidas, en razón de la baja de las aguas del río que hacía difícilísima la navegación, y por último á causa del estado de fatiga en que todos, blancos y negros, nos hallábamos por la violenta agitación de los últimos días, y á causa también de la temperatura sumamente penosa que anunciaba la aproximación del invierno: todo concurría, pues, á imponernos una detención en Say.

Usmán felicitábase de ello diciéndonos que con gusto seríamos acogidos muchos meses. Aun cuando hubiésemos dado crédito á sus palabras, harto entusiastas para ser sinceras, nuestra ilusión hubiera sido de duración escasa.

Vivir en buena armonía con nosotros por algunos días, para recibir regalos importantes, era cosa apetecible, pero vernos instalados en el país indefinidamente y sin podernos engañar por mucho tiempo, no le caía en gracia al jefe de Say. Así Modjibo declaró á M. Hourst que Say era harto pequeño para dos jefes, y que por consiguiente no nos permitía permanecer allí más de cinco ó seis días. Mr. Hourst le contestó cuánto sentía contrariarle, pero que negándosele el permiso, veíase en la dolorosa necesidad de prescindir de él, y que si el Modjibo no podía realmente admitirnos en su territorio, le quedaba la natural solución de expulsarnos.

Luego escogimos una isla frondosa, á una hora escasa más abajo de Say, y el mismo día nos instalamos en ella, resueltos á contestar en lo sucesivo: «Aquí estamos y aquí permanecemos.» Al Este hay un brazo de río de doscientos metros de anchura, y al Oeste otro brazo de unos cincuenta metros nos separaba de Talibia, pueblo de cultivo de Say, sito en otra isla.

La nuestra tenía trescientos metros de largo por cincuenta de ancho: la parte Norte era un poco más prominente: allí es donde fundamos el fuerte Archinard. Creíamos, en efecto, que no se nos dejaría en paz, y la más elemental prudencia exigía que nos fortificásemos. Cortáronse los árboles, y formóse con ellos un respetable parapeto de la altura de un hombre y de dos metros de espesor: en el centro un pequeño fortín



MARÍA

VENCEDORA DE TODAS LAS HEREJÍAS

MADRE AMOROSA DE TODOS LOS HOMBRES

MIRA COMPASIVA A TANTOS INFELICES REDIMIDOS POR TU HIJO DIVINO

TIÉNDELES TU MANO BIENHECHORA

Y SALVALOS DE LA IDOLATRIA É INFIDELIDAD

EN QUE VIVEN

triangular de tierra estaba coronado por dos cañones de tiro rápido Hotchkiss. Al rededor hiciéronse chozas de paja para nosotros y nuestra gente, un almacén donde guardar las provisiones durante la reparación de los barcos, y un cobertizo muy grande que servía sucesivamente de capilla pública, de refectorio y de salón de estudio.

Al cabo de quince días estábamos instalados, sino cómodamente, por lo menos con la suficiente solidez para que pudiésemos pasar bien ó mal la estación de las lluvias. Lo principal era tener paciencia, no fastidiarse y vigilar. Nuestra posición no era ciertamente inexpugnable; pero para desalojarnos era menester prontitud, discreción y ánimo resuelto, todo lo cual faltaba á la vez á nuestros enemigos. Además, la aldea de Talibia nos servía de rehenes: para emigrar los habitantes tenían que pasar bajo el fuego de nuestros cañones, y se les previno que á la menor tentativa de este género, ó á la primera hostilidad de Say, Talibia quedaría reducida á escombros, lo que hubiera costado poco, dado los poderosos medios con que contaba nuestra expedición.

Repetidas veces trataron de entrar en campaña. Los jefes de Say, los tuculores y algunos gaberás que les seguían estaban de acuerdo en que era preciso destruirnos. Mas cuando se trataba de quién pondría el cascabel al gato, cada cual, sin duda por modestia, declinó este honor. Creyóse por fin haber resultado el problema: reunióse una columna de muchos millares de estos temibles guerreros con orden de atacarnos; pero necesitaron tanto tiempo para movilizarse, que nuestros preparativos de defensa estaban ya terminados cuando empezó á ser respetable. El comandante tuvo la amabilidad de comunicarles que ciertamente nos hacían aguardar excesivo tiempo, y que por lo tanto se ofrecía á salir á su encuentro. Pero también esta vez, confundidos con tantas atenciones, aquellos señores no pudieron resolver á que fuésemos los primeros en molestarnos. Cada cual se fué á su casa, y la empresa se dejó para un más allá que nunca vino.

El Modjibo ideó también sitiarnos por hambre. Todas las mañanas multitud de pobres gentes que nada entendían en política venían á instalar cerca de nosotros un mercado; mas el jefe de Say les prohibió que volvieran á proximarse á nuestra isla. Empero aquel mismo día un ejercicio del tiro al cañón que hicieron nuestros hombres tuvo eco en el corazón del venerable morabito, y á la mañana siguiente afluyeron al mercado los carneros, grandes montones de mijo y arroz, y otros comestibles.

Echóse mano de todos los medios para desconcertarnos, desde las seducciones más irresistibles hasta los mejores talismanes salidos de las fábricas morabíticas, pero las primeras fueron rechazadas sin género alguno de galantería, y los segundos echados al fuego con lástima: había para desesperarlos.

LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS

POR EL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO
DEL TCHE-KIANG

II

Lucha

OCHO ó diez años han transcurrido del en que escribí las líneas que preceden. Tanta fué mi inocencia que remitílas á numerosos amigos creyendo que el mundo entero participaría de mi entusiasmo. Era tan hermoso el proyecto por mi mente acariciado, que antojábaseme ser suficiente conocerlo para con entusiasmo secundarlo cuantos tuvieran fe y dinero.

¿Quién, preguntábame yo, quién será el católico prudente que rehuse dar algunas pesetas para ver formarse, crecer y engrandecerse la isla hermosa y santa, la *isla de Dios*? ¿No levantaron los paganos *Pou-tou*, la *isla maldita*, la *isla del diablo*?

Algunos contestaron al llamamiento que les dirigí, y juntando los donativos pequeños y grandes que me remitieron sumaban 5,000 francos, pequeño capital para construir el proyectado dique. Otros contestaban asombrados de mi temeridad al pensar en emprender titánica lucha contra el irresistible empuje de las embravecidas olas del mar: preguntábanme candorosamente qué ingeniero chino sería capaz de hacer retroceder la inmensa masa de agua á la cual sólo Dios fijara límites. No me habían comprendido, y creyeron sin duda que con el auxilio de gigantescos muros pretendía arrojar el mar lejos de las costas chinas, para plantar productivos arrozales en las líquidas y profundas llanuras por las cuales navegan hoy sin miedo ni precaución alguna los grandes vapores que cruzan el mar. No, mi ambición no levantaba tan alto su vuelo: pretendía solamente recoger lo que él abandonaba al primer ocupante. ¡Cuántos diques seculares he visto yo en el litoral de esta provincia formados por tierras que abandona el mar después de haberlas arrastrado! Es un regalo que ofrece generosa, no un vuelo audaz del hombre que pretende arrebatarle sus dominios. Estas abandonadas playas son para ella paseos accidentales donde viene á loquear algunas veces buscando distraer sus accesos de triste mal humor.

Llena de confianza nunca he querido renunciar á mi sueño dorado, á la *isla de Dios*. Nada ha tenido fuerza bastante para apartar de mi mente esta predominante idea; ni los motines populares, acompañados de horribles incendios que hicieron temer vivamente por la existencia de las Misiones, ni la impotencia de mi pobreza, ni la lástima con que algunos veían mi obstinación, ni los obstáculos ni las luchas que á continuación y sin detenerme en detalles paso á relatar.

Kain fong sse tchueun, dicen los chinos: preciso es para dirigir la barca saber qué viento sopla. Perteneciendo la isla de Fo-sin-shan á los bonzos por los mismos títulos que Pou-tou, es decir en virtud de la donación hecha por Kang-shi, ¿qué derecho podía alegar

para cerrar con diques sus playas? Un proverbio con ribetes de axioma legal dificultaba mis primeros pasos: *Tse-mou sian cheng*; cuyo significado viene á ser con poca diferencia el *partus sequitur ventrem* de los latinos, aplicado al acrecentamiento de las tierras, que es en beneficio del propietario ribereño de igual modo que es en perjuicio suyo la disminución. En el Código chino encontré diferentes artículos, favorables unos y contrarios otros al proyecto por mí acariciado. La cuestión de diques es de las más espinosas. ¡Cuántos procesos ha suscitado! ¡Cuántas veces ha hecho regar con sangre humana las orillas de los ríos y del mar! tan numerosas dificultades son prueba evidente de que el precitado refrán dista mucho de ser principio por todos admitido; al contrario, viendo las múltiples cuestiones causadas por su interpretación, empieza á caer en desuso.

Sea de ello lo que fuere, precisábame orientarme bien. Mi primer deseo era conocer literalmente el texto de la donación imperial. Está grabada en un enorme peñasco que los bonzos guardan dentro un kiosco bien cerrado. Es muy difícil poder examinarla con detención. Tantas precauciones inspiráronme algunas dudas, y encargué á un catequista me proporcionara copia exacta.

Después de no pocas tentativas infructuosas logró sacar un calco ininteligible. Trasladé el encargo á un joven y hábil sacerdote indígena. Acompañado de algunos cristianos fué un día á Pou-tou paseando por los alrededores del kiosco. Un bonzo abrióles la puerta. Entró dentro el P. Nueun y negóse á salir, pretextando le cautivaba la interesante lectura de la notable inscripción allí guardada. Los cristianos procuraron atraer hacia fuera al bonzo, quien siguióles de mal humor cerrando la puerta con llave. Nada mejor podía acontecerle al P. Nueun, que libre de importunos testigos transcribió durante tres horas la larga acta de donación. Acababa de copiarla cuando regresó el bonzo echando votos y maldiciones. El P. Nueun fingiéndose enojado: «¿Por qué, exclamó, me encerraste cual si fuera un ladrón, y cómo podía salir de esta cárcel si no me diste llave?»

Resultado, que poseíamos la inscripción con todos sus puntos y comas. Cedía á los bonzos mucho menos territorio del que ocupaban, y ni siquiera mencionaba los derechos que sobre las playas afirmaban tener.

Otras razones vinieron á aumentar las esperanzas que el relatado descubrimiento nos hizo concebir. En efecto, un crecido número de familias habían sin ser molestadas cerrado con diques grandes extensiones de playa en distintos puntos de la isla. Una de ellas al querer impedirselo los bonzos, promovió un célebre proceso que fué juzgado á su favor en los más altos tribunales del Imperio. En épocas más recientes el gobernador de la provincia y otros mandarines juzgaron varias cuestiones de la misma índole en conformidad con nuestra tesis. Estos hechos oficiales tenían más valor que un axioma de vaga significación, y en China, cuando en apoyo de una causa puede citarse otra precedente parecida á ella y archivada, el triunfo es seguro. Además, la capilla que poseíamos, edificada sobre

las propiedades de los bonzos, cedida á un cristiano por un mandarín militar, de cuya cesión guardamos los papeles auténticos, nos ponía al abrigo de cualquier enredo. Y finalmente, ¿no pagaban los bonzos el impuesto de las tierras protegidas por diques? Pues era señal evidente de que no los poseían en virtud del acta de donación, que les eximía del pago de todo impuesto. Los indicados argumentos y otros contrarios á los intereses de los bonzos, y que ellos cuidaron de proporcionarnos, impulsáronnos á emprender sin temor una empresa que confiábamos recibiría las bendiciones del cielo. Dispuestos para la lucha, dirigímonos á asestar el primer golpe á la *isla del diablo*.

La costumbre y la ley exigen dos condiciones previas á los que quieren construir un dique. Están obligados á dar á conocer á las Autoridades locales su intención y fijar los límites en que aquél debe emplazarse. En carta dirigida al mandarín de Tcheon-san (un *ting* dignidad intermedia entre el *fou* y el *shieu*) exponía algunas razones para apoyar mi demanda:

1.^a El deseo de terminar las cuestiones entre bonzos y cristianos, cuestiones inevitables en tanto los últimos habitaran y cultivaran las tierras de los primeros.

2.^a La necesidad de asegurar el porvenir de los numerosos huérfanos de la Santa Infancia que, casados en las islas, carecían de campos laborables.

3.^a La mayor extensión del territorio y el acrecentamiento de las rentas del reino. Esta patriótica razón no se omite nunca en documentos de esta clase. Mueve el desinteresado celo de los mandarines, que se apropian buena parte de los nuevos impuestos, cuya existencia ignoran sus superiores.

Algunos días después un misionero, conducido por pequeño barquichuelo á la resbaladiza playa, saltó en ella para señalar los límites. Numerosos constructores de diques (oficio propio de estas regiones) se presentaron pidiendo se les adjudicara la obra. El dique debía tener mil quinientos metros de largo, tres de alto y cinco de ancho. La parte exterior se construiría con piedras sin labrar, estacas y haces de abeto; sostenido por este muro formábase otro interior de tierra que serviría de camino, y tendría dos esclusas para la evacuación del agua. Al sacar la tierra necesaria iríase formando un canal, cuyos dos extremos recogerían las aguas de los montes, que luego se utilizarían para el riego de los arrozales. Pidieron seis meses y 20,000 francos para la terminación de estos trabajos, garantizando el cumplimiento de las condiciones estipuladas.

¡De dónde sacaba yo tanto dinero!

En aquella época, ignorando los secretos que encerraba el porvenir, imposible me era empezar obra alguna poseyendo sólo la cuarta parte de la cantidad necesaria. Preciso fué dejar para más tarde la realización del proyecto, y esperar reunir la cantidad que faltaba. Para implorar del cielo el pronto arribo de tan deseado día los cristianos empezaron á dirigir en común una plegaria al glorioso Patriarca San José. Diez años seguidos la han rezado sin dejarla un solo día. ¡Nunca ha desfallecido su esperanza, á pesar de las tentaciones que debieran asaltarles causadas por nuestra impoten-

cia! El dique se habría edificado sin el menor obstáculo, pudiendo construirlo en seguida. El pueblo estaba con nosotros, y los bonzos dejaban hacer.

Pobres testigos de nuestra penuria, las estacas cual línea de vigilantes centinelas permanecieron durante tres años fieles guardadoras de nuestros deseos y de los límites de nuestro dique. Mas un día al colorear el sol con sus primeros pálidos rayos las sutiles nubes del alba, vimos con dolor que las estacas habían desaparecido: durante la noche vinieron á arrancarlas. Los bonzos, que desde Pou-tou tenían fijos en nosotros sus vigilantes ojos, viendo tan prolongada inacción, y sin comprender la causa, atribuyéronla á miedo. La timidez que pretendían imputarnos volviéoles audaces. Destruyeron los límites de nuestro infortunado dique, y luego trazaron los de otro mucho mayor, dentro del cual quedaba encerrado el que tanto deseábamos construir. Pronto acudieron crecido número de trabajadores, formáronse montones de piedra, y el dique como larga cinta extendióse cabe la orilla del turbulento mar. Como entre los bonzos abunda el dinero, lograron con malas artes ocupar el territorio que nos pertenecía. El pendón de la idolatría flotaba orgulloso sobre nuestras profanadas tierras, la guerra empezaba entre la *isla del diablo* y la *isla de Dios*: preciso era correr á la lucha.

Los tiempos eran poco favorables: hasta nuestros oídos llegaban siniestros rumores, que formando en el aire negruzco nublado anunciaban próxima tempestad: recibíamos tristes noticias de distintas provincias del imperio. Era la hora de las tinieblas, la hora de las sublevaciones y los incendios. Extendiendo la mirada por las fértiles, encantadoras riberas del caudaloso Río Grande, veíase con tristeza y profundo dolor humeantes montones de ruinas, únicos restos de hermosas iglesias católicas: la sangre de las primeras víctimas vertida por bárbaros enemigos regó la tierra; casi por todas partes los bonzos formaban causa común con nuestros enemigos. ¿Qué hacer? ¿En vez de emprender abierta lucha contra los bonzos, no era preferible retirarnos envueltos por la sombra? ¿No era comprometer las postreras esperanzas de nuestro proyecto el querer defenderlo ante tantos obstáculos? Sí, la prudencia exigía esperar. Sin embargo, en previsión de tiempos mejores, visité al *ting* de Tcheou-san, protestando de la injusta agresión de los bonzos al usurpar una playa que nosotros escogimos y limitamos antes que ellos.

El que desempeñaba este cargo había sido nombrado recientemente, y me declaró no tener noticia de nuestros proyectos. El mismo había dado á los bonzos un edicto firmado por el prefecto de Ning-po autorizándoles la construcción del dique, y amenazando con severas penas al que osara oponerse á dicha construcción. Este documento, al cual los bonzos dieron la mayor publicidad posible, vino á aumentar nuestras penas: á su influjo veíamos desaparecer una visión querida, derrumbarse y morir las más hermosas de nuestras esperanzas. Sí, al parecer habíamos perdido la partida.

Por este tiempo tuve ocasión de visitar Fo-sin-shan. Al pisar las tierras de esta isla encantadora llenábase siempre de gozo mi corazón. Pero esta vez; cuán negra amargura sentí al contemplar el dique inmenso que, cerrando, la playa extendíase lejos, muy lejos, al frente de nuestra capilla. Los bonzos acabaron la obra sin obstáculo alguno y riendo de nuestra impotencia. Nuevo era el dique, y sus blancas piedras que lucían al herirlas los rayos del sol quemaban mis piés al verme obligado á pasar rápidamente por él. Contra mi voluntad y para aumentar mi dolor, durante ocho días el mal tiempo me impidió salir de la isla, y allí acompañado de un misionero debí contemplar cada día aquel dique que soñara tan hermoso y que con sin igual magnificencia extendíase hoy ante mis ojos propiedad del maldito Satán. Los cristianos me contaron las amargas burlas de los bonzos y sus injustas violencias. Los infelices paganos que con nosotros empeñaran su palabra, veíanse también en comprometida situación. Todo el mundo elevaba hacia mí sentidos clamores pidiéndome remedio, y todos se unían para abatirme, para entristecerme.

(Se continuará).

EN LAS MISIONES DE ÁFRICA

HISTORIA DE UN NIÑO

HE aquí, tal como nos lo ha transmitido el Sr. Adam, recién nombrado vicario del Gabón, la historia de un niño pahouín, escrita por un alumno indígena del Seminario de Santa María del Gabón. El protagonista de esta narración hará ver lo que hacen los misioneros para moralizar á los negros, y su autor lo que ellos hacen para cultivar su inteligencia.

Carlos, niño pahouín, recogido por la Misión de Donghila, sabía leer un poco y escribir medianamente, pero lo que vale mucho más, á pesar del errado juicio de los blancos, sabía muy bien su Catecismo.

A la edad de diecisiete años vino á Librevilla para ver de ganar su vida. Habiendo entrado como hoy al servicio de un industrial, mereció por su probidad la confianza de su amo, el cual le encargó de los ingresos de la casa.

Durante algún tiempo todo marchaba á las mil maravillas; pero después el pobre chico empezó á oír otro lenguaje distinto del de la Misión. «¿Para qué ir á Misa? eso es tiempo perdido. Si comes el domingo, también debes trabajar ese día. ¿Dios? ¿acaso hay Dios? esa es una mera invención de los Padres. El infierno es un espantajo para atemorizar á las mujeres y á los niños, así como el *niperi* y el *nebuti* en vuestras aldeas. ¿Acaso nosotros, los blancos, vamos á Misa ni á confesarnos? Nuestro paraíso es el dinero y los placeres. Cuando muere el hombre todo se acabó para él. La práctica de nuestro Catecismo no nos impide ser gente muy honrada.»

Al principio, el pobre chico no hizo caso de las doctrinas de ese singular Catecismo. Pero á fuerza de oír repetir todos los días la misma cosa, su inteligencia empezó á vacilar. «Después de todo, decía él, los misioneros son respetuosos y atentos con los blancos, ¿quién sabe si éstos no tienen razón?» Y desde entonces ya no

fué á Misa ni al catecismo, y abandonó poco á poco todas sus prácticas religiosas.

Es el caso que hace pocos días su amo le envió á hacer algunos cobros importantes. El saco estaba bien repleto cuando salió por la noche de la grande Misión donde acababa de cobrar una cantidad bastante redonda. ¡Ah, sí! el saco pesaba, porque contenía mucho dinero, y el trayecto de Santa María á Librevilla es largo. Así es que Carlos tuvo tiempo de repasar las doctrinas de su nuevo Catecismo.

—¡Qué ocasión más favorable! Los Padres dicen *blanco*, los blancos dicen *negro*. No hay Dios... No hay infierno... Hay que gozar mientras se vive... cada uno tiene el paraíso que se procura... ¿Pero cómo se puede gozar cuando no tiene uno nada? Los blancos tienen dinero... no les falta nada... Qué, ¿no tengo el derecho de gozar también? ¡Ah, cómo pesa este saco!

Si yo guardase este dinero, podría gozar mucho tiempo.

¡Desgraciado, harías una mala acción, é irías al infierno!... Pero si no hay infierno, dicen los blancos: ¡ah! ahora comprendo que los misioneros nos dicen eso para hacernos miedo. El saco está bien repleto y á dos pasos tengo el bosque, ese bosque impenetrable para el blanco: iré á Donghila, y desde allí me burlaré de los blancos y de su policía coja... ¡Pero no me libraré de Dios! ¿De Dios? si no hay tal Dios; los blancos me lo han dicho cien veces; ellos no creen en Dios, ellos que leen muchos libros y saben más que nosotros, los negros...

El saco estaba repleto y el bosque á dos pasos.

Carlos se paró un momento, reflexionó, se pasó la mano por la frente, y después, de cuatro brincos se internó en el bosque. El chico desapareció, y corre que se las pela con el saco, que ya no le pesa.

Mientras tanto, vino la noche, y al ver el comerciante que no volvía su empleado, empezó á inquietarse. «¿Se habrá puesto enfermo? ¿Le habrán hecho esperar para un pago? Y envió sus criados á recorrer las calles



GABÓN.—Monda.—Captif.—
Alberto. (Pág. 537)

de Librevilla; ¡pero trabajo perdido! Un pensamiento terrible cruzó su imaginación. ¿Me habrá robado? Y sin perder tiempo mandó propios á casa de sus parroquianos para saber si habían pagado. Todos respondieron afirmativamente.

...Ese negrito me ha robado, se dijo el industrial, y por espacio de una hora se desahogó en blasfemias contra Dios, en injurias contra los negros y naturalmente en imprecaciones contra los misioneros: «Ahí se ve cómo educan á esos negros, á esos holgazanes, á esos ladrones. ¿Por qué no los dejan en paz? Nunca harán de ellos nada de provecho: no son más que animales, capaces lo más de ser esclavos ó bestias de carga...»

Mientras tanto el ladrón corría como alma que lleva el diablo. Para llegar á su país había que atravesar muchas aldeas pahuinas: ¿cómo se las arreglaría para ocultar su tesoro á las miradas codiciosas de estos antropófagos? A la más simple sospecha de que llevaba dinero, podía ser detenido, robado y arrojado á una marmita ó al fondo del mar.

Para evitar este peligro, guardó el dinero en el pantalón y en un cinturón que le ceñía el cuerpo, se fingió enfermo, y marchó cojeando á través de estas tribus ladronas, pordioseando en un sitio y robando en otro un poco de manioc. Todos estos temores y todas estas precauciones fueron las primeras espinas que punzaron su conciencia.

¡Oh, qué pesado se le hacía el dinero! Por la noche se levantaba sobresaltado como oprimido por un peso enorme y gritando: «¡Al ladrón, al ladrón!»

Después de varios días de marcha penosa, llegó á Donghila estropeado y maltrecho. Por fin pudo respirar exclamando: «¡Me he salvado! Ahora soy más rico que el jefe de mi aldea. Todos los días comeré bananas fritas con aceite de palma y pescado asado, y tendré la mejor cabaña del pueblo.»

Pero el sonido de una campana vino al punto á sacar á Carlos de sus sueños de porvenir. Era el *Angelus*, que la campana anunciaba en aquel momento, y el desgraciado levantó los ojos y distinguió la Misión, la casa de la Santa Infancia donde se había educado. Entonces se presentaron á su memoria los años felices que había pasado en



GABÓN.—Monda.—El convertido de Etameyon acompañado de dos de nuestros jóvenes. (Pág. 537)

este asilo bendito: recordó la enseñanza del venerado P. Stalter, pensó en su Dios, en ese Dios que dijo: «No robarás.» Luego se le presentó el infierno. Los gritos alegres de los niños le trajeron á la memoria aquel tiempo feliz en que tenía tranquila conciencia. La capilla y la escuela parece que le decían: «Has hecho mal.» Decididamente el dinero le pesaba mucho en su conciencia.

«Esto es ya demasiado,» se dijo á sí mismo, y en un instante se presentó en el cuarto del Padre, le confesó su falta y le entregó el dinero. El Padre le animó y le aconsejó que volviera á su aldea y buscara trabajo para ganar honradamente su vida. Al mismo tiempo le tomó como catequista, pensando con razón que esta lección le mantendría en el buen camino.

A los pocos días se nos remitió ese dinero, y se presentó el ecónomo en casa del negociante. Como es natural, la conversación recayó sobre el robo cometido. Cuando ya se había desahogado á su gusto el Padre le dijo:

—Amigo mío, por lo general siempre le pagan á uno en la misma moneda. Si los blancos, en vez de trabajar contra nosotros, trabajaran con nosotros, todo marcharía *al pelo*.

—Nunca se podrá hacer cosa buena de esta maldita raza de negros.

—Puede ser que vaya V. muy lejos en sus apreciaciones. Pero sea como fuere, yo tengo encargo de entregarle su dinero.

—¡Mi dinero! exclamó el negociante asombrado. Y en seguida estuvo al corriente de toda la historia.

—¡Ah, qué obra tan buena hacen Vds. moralizando á los negros! Sólo la Religión es capaz de hacer semejantes prodigios.

A pesar de esta confesión, debida sin duda á la alegría de recobrar su dinero, el Sr. X. no ha variado ni pone jamás los pies en la iglesia. Tan cierto es que es más fácil convertir á un antropófago que á un blanco del Gabón...

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE COLONI.

Templo de Reconquista

ESTE templo fué construido por el ya mencionado exprefecto P. Antonio Rossi, encargado *ad hoc* por el actual prefecto de Misiones en su primera prefectura. Se empezó el 79 y se concluyó el 83.

Su longitud es de 30 metros, por 15 de latitud, con 3 naves. El crucero tiene de largo 20 metros por 5 de ancho: todo el edificio está techado con tejuelas abajo y tejas criollas por encima.

Cuenta con un regular campanario de 20 metros de elevación, un hermoso y espacioso coro, un bautisterio con una magnífica fuente bautismal de mármol de Carrara, una sacristía y contra-sacristía con una buena cómoda para guardar los ornamentos.

La balaustrada, tanto del Sancta-Sanctorum como del coro, es de jacarandá. El bello púlpito, puertas aban-

cos y ventanas, son de lujo y de la mejor madera, escogida de lo bueno, lo mejor. Toda la madera empleada es del Chaco de Santa Fe.

Los demás accesorios correspondientes al culto, como imagen de la Purísima, casullas, pluviales, custodia, albas, ternos, candeleros, cruces y ciriales, todo extrafino traído de Buenos Aires.

El altar mayor es dorado, cuesta como 4,000 pesos nacionales, donados por el caballero santafecino don Anacleto Rosas.

En la torre hay un reloj, regalado por el fallecido general Obligado, que al marcar sus horas dice á los salvajes del Chaco que ha llegado el momento de abandonar sus selvas y cobijarse bajo el árbol de la cruz.

XXII

Colonia Avellaneda

Del otro lado del Arroyo del Rey se encuentra la colonia Avellaneda, fundada más ó menos el año 75 por el Gobierno de la nación, con familias puramente italianas del *Frioli*.

El pueblo está fundado sobre la margen izquierda del arroyo mencionado: tiene buenas casas de negocios, una iglesia que acaba de construirse, una magnífica fábrica de aceite de maní, escuela de niños y niñas, una Comisión de fomento y una banda de música, en formación de puros colonos aficionados. Esta población está unida á Reconquista por un terraplén y un puente sobre el arroyo del Rey.

Desde esa población el aspecto que presenta nuestra Reducción es verdaderamente encantador. Con el bajo terreno que inunda el Arroyo del Rey en sus aluviones, con su enfrente la altura de nuestra Reducción, con sus quintas llenas de árboles frutales, especialmente de naranjos, jazmines, diamelas y rosas que con tanto vicio se crían; sus casas que reflejan el blanqueo al caer de la tarde, la torre de nuestra iglesia que esbelta señorea la población, las campanas de las dos iglesias que á veces se unen para llamar al creyente á celebrar la grandeza de Dios como dándose un ósculo de amor, hijo de una misma civilización, especialmente si uno reflexiona que hace pocos años el reino de Dios era desterrado de sus regiones, despierdan en nuestro ser una grata impresión mezclada de admiración.

El terreno de esa colonia es de cuatro leguas de extensión: del Arroyo del Rey hasta el paso del torrente llamado *Timbosito*. La cualidad del terreno de alta y baja planicie, es espléndida y de una fertilidad asombrosa. En esta extensión y entre islotes de montes naturales, que manifiestan su vegetación exuberante, se presenta la casa del colono como una mansión de paz, donde vive el amor y la honradez del hogar; así nos lo dicen la modesta habitación donde viven los Santos de su devoción que cuelgan de sus paredes, y aquel porte de personas que nunca engaña, modesto y respetuoso; sus chicuelos, que pululan por todas partes, confirman que el lugar santificado por Dios y la Religión católica da frutos que en vano se buscarían en hogares donde sólo reina una unión *mercantil*, que une seres, pero no corazones; que pueden constituir hogares aparente-

mente unidos por mero sentimiento de amor, pero que nunca tienen más de válido que las apariencias; porque les falta la conciencia del deber y del sacrificio; de estas apariencias, y de esa educación civil bien sabemos los frutos amargos que recoge la sociedad; y la mujer constituida por Dios en reina del hogar cristiano, despojada de su pudor y de su honestidad, lejos de ser reina del hogar, viene á ser un simple mueble de adorno en los salones.

CRÓNICA

Jerusalén.—El día 28 de Octubre llegaron militares y algunos títulos de Alemania y Constantinopla, para preparar el recibimiento del emperador Guillermo, y treinta presbiterianos con un titulado obispo, para inaugurar el templo protestante. Hubo mucho movimiento durante los días que tardó en llegar el Emperador, y Jerusalén no parecía la ciudad triste y melancólica que conocemos aquí. Los empleados en la decoración de las calles, y los forasteros le daban una animación que no estamos acostumbrados á ver. Las banderas y gallardetes abundaban por todas partes, y la gran calle, que de la parte de Jafa conduce al Santísimo Sepulcro, ostentaba siete grandiosos arcos triunfales y más de dos mil banderas. Nos parecía una rambla de Barcelona en miniatura.

El día 29 de Octubre los cañones de la fortaleza de David anunciaron á las once de la mañana la llegada de Guillermo II, quien se dirigió con su comitiva á las tiendas de campaña, levantadas en las afueras de la ciudad. El reverendísimo Padre Custodio de los Franciscanos con monseñor Patriarca el Obispo auxiliar y varios Religiosos se dirigieron al Santísimo Sepulcro á la una de la tarde, y el Emperador salió de su tienda y llegó á las tres al Sepulcro, montado en su gran caballo blanco, y la Emperatriz en carroza tirada por cuatro caballos que le mandó el Sultán. La comitiva iba toda á caballo. Todos, incluso el Emperador, llevaban el uniforme de los cruzados.

Al llegar al Santísimo Sepulcro se apearon, y á la entrada los recibieron los dignatarios sobredichos, y el Patriarca dirigió al Emperador la palabra dándole la bienvenida, y se estrecharon las manos. La entrada estaba toda alfombrada y decorada majestuosamente. El patriarca armenio (cismático) le dirigió la palabra junto á la piedra de la Unción, y el griego (cismático también) se la dirigió delante del Templete del Santísimo Sepulcro.

El Emperador ha dado señales de respeto á todas las creencias, y se ha portado con el decoro y honestidad que exige la razón y la educación civil y política; su porte ha sido con referencia á los santuarios como el de un curioso, que inspecciona lugares célebres, á la manera que lo hacen los demás protestantes. Entró en el templete que encierra la sagrada tumba del Salvador, observó el lugar y los objetos que hay, y nada más. No sabemos lo que pasaría en su interior; pues conoce el Evangelio y la vida del Redentor, conoce también el Catolicismo en su substancia, y sabe el porte y la vida de los católicos de su imperio. Ha quedado muy satisfecho de los católicos, y esto no hay duda que le habrá impresionado. Si compara el proceder de los católicos con el de los protestantes, es muy fácil que la comparación motive un cambio de ideas favorables á los católicos.

Al salir del templete los griegos lo acompañaron á su coro, y cantaron el *Salvum fac Imperatorum nostrum Gulielmum*, etcétera; pero el Monarca no quedó muy satisfecho, y conoció que aquello no era más que una adulación levantina. Así es que los plantó con toda su comitiva, y se dirigió á visitar todos los demás Lugares santos que se encierran en la Basilica. Al llegar al Calvario, la Emperatriz se mostró conmovida en presencia de la Virgen Dolorosa. A las cuatro salieron del Santísimo Sepulcro, y se encaminaron al nuevo templo protestante, que se levanta á unos doscientos pasos del templo del Santo Sepulcro, sobre el solar de la cárcel de San Pedro. En 1869 el Sultán dió este local, llamado

Santa María la Mayor, al emperador Guillermo I, abuelo del actual Emperador de Alemania, y sobre las ruinas de la antigua iglesia han levantado el nuevo templo.

El día 30 fueron los Emperadores á Belén, donde los recibieron el Patriarca, Obispo auxiliar y Custodio con la Comunidad. Visitaron todos los santuarios, y al entrar en la gran Basilica encontraron á los Patriarcas griego y armenio. Por la tarde pasaron á visitar el monte Olivete, pero no entraron en la mezquita, donde se venera una de las huellas del Salvador, sino que se fueron directamente al edificio que tienen los rusos.

El día 31 fué el destinado para la inauguración del templo protestante, y muy de mañana estaba tendida la tropa por las calles. A las nueve entró el Emperador con su comitiva en la ciudad con toda la pompa que fué dado desplegar en Jerusalén. Quince soldados de á caballo, cuatro jefes de beduinos con sus lanzas, y los jefes turcos abrían la marcha; seguía el Emperador montado en un soberbio corcel, la Emperatriz en carroza de cuatro caballos, las damas de honor también en carroza, y toda la comitiva del Emperador á caballo. El uniforme del Emperador era de gran gala; coraza dorada y gran casco con el águila de plata, y un gran manto (*abbae*) finísimo de color blanco y amarillo, que le defendía de los rayos solares. A las doce salieron del templo, precedidos de unos ciento cincuenta soldados con la música de la fragata de guerra que acompaña al Emperador. Asistieron á la inauguración cincuenta ministros protestantes. Por la tarde se dirigieron los Emperadores al monte Sión, donde los esperaba el Patriarca latino, á quien hicieron entrega del terreno llamado *casa de la Virgen*. Reunidos los Emperadores con toda su comitiva y las Autoridades turcas, el Emperador dijo: «Así como mi augusto abuelo alcanzó del Sultán un terreno para fabricar un edificio que sirviese de punto de reunión á los protestantes alemanes, así también he conseguido yo del Sultán este terreno, que regalo á la Sociedad católica Tudesca de Tierra Santa, á fin de que se fabrique un templo, donde se reúnan también á orar los católicos alemanes, y quiero que este lugar esté bajo mi protección imperial.» Luego el mismo Emperador plantó la bandera en medio del terreno, y la banda tocó el himno imperial. Allí mismo creó la Orden de San Salvador, y condecoró con ella á todos los soldados alemanes, quienes llevaban como insignia las cruces de Tierra Santa, con una corona y la inscripción de la venida del Emperador á Jerusalén.

Seis días permanecieron en Jerusalén y visitaron todo lo más notable. No fueron á Jericó ni al mar Muerto por lo excesivo del calor. Tampoco fueron á San Juan de Judea.

El Emperador condecoró al Patriarca latino con el gran Cordón del Aguila Roja, y le dejó un gran retrato; á los Patriarcas griego y armenio les dió el gran Cordón de la Corona de Prusia, y al Custodio la Encomienda con placa de la Corona de Prusia. Hizo la visita á los tres Patriarcas, pero no visitó el convento de Padres Franciscanos por causa de la protección francesa.

Los Emperadores visitaron el Huerto de Getsemaní, y la Emperatriz pidió á un Religioso alemán flores del Huerto, agua del Jordán, frasquitos de aceite de los olivos, y rosarios de los seculares olivos del Huerto. El Emperador pidió algunas ramitas de los olivos, que él mismo cortó con las tijeras del hortelano. Dijeron que lo querían para regalar á algunos amigos.

Parece que en el monte Olivete se enamoró el Emperador de un bosquecito de pinos y cipreses, y se dice que lo ha comprado; pero no podemos salir garantes de la noticia.

El día 3 de Noviembre se reunieron en el templo protestante á las cuatro de la tarde para celebrar la *cena*. Así llaman á lo que en realidad no es más que un *agape*, á semejanza de los *agapes* ó comidas que los antiguos cristianos hacían en las iglesias.

El día 4 partieron para Jafa en carril, y se embarcaron con dirección á Beirut, la antigua Berito. Por falta de tiempo dejaron de visitar la Galilea.

El Emperador no se ha vergonzado de manifestarse protestante, y no ha escandalizado á los suyos, como muchos católicos que vienen á visitar los Santos Lugares. Si son hombres linajudos se creen dispensados de todos los deberes, y el emperador Guillermo II de Alemania ha creído que su deber era portarse como buen protestante, y respetar á todos.



ESPAÑA.—Vista exterior del Real Monasterio del Escorial, del cual se hicieron cargo los Padres Agustinos de las Misiones de Filipinas en 1885.

AL ESCORIAL (1)

Morada de majestad,
Maravilla de la tierra,
Monumento cuya historia
Es un grandioso poema,
Santuario do se cobijan
Todas las artes y ciencias,
Venero de inspiración
De artistas y de poetas,
Cuando recorro tus claustros,
Cuando penetro en tus celdas,
Cuando registro las obras
De tu rica biblioteca,
Cuando bajo á tus panteones,
Cuando me postro en tu iglesia,
Siento un mundo de recuerdos
Animarse en mi cabeza.

A tu nombre resucitan,
En tu recinto se encierran,
Todas las glorias que España
Durante tres siglos cuenta.
Eres cabal expresión
De aquella edad de grandezas,

(1) Como homenaje al gran rey Felipe II en el tercer Centenario de su muerte, publicamos hoy esta composición, que fué escrita en 1889, cursando su autor cuarto año de Teología en el Real Monasterio del Escorial.

Cuando con solo fruncir
De España el león su ceja
Cual débil niño temblaba
De espanto la Europa entera.
Eres vivo testimonio
De la conexión estrecha
Con que la ciencia y la fe
Se enlazan y compenetrán;
Y esos sólidos muros,
Esas tus torres esbeltas,
Esas tus mudas estatuas,
Esas tus formas severas,
Parece que están diciendo
Al que atento las contempla:
"Sólo á Dios, Rey de los reyes
Y Señor de los que imperan,
Rinde España vasallaje
Sólo á El tributa obediencia."
E idéntica voz repiten
Y encarnan la misma idea
Los jaspes de tus altares
Y las joyas de tu iglesia,
Los frescos que por do quier
Tus bóvedas hermosean
Y los cuadros admirables
Que de tus paredes cuelgan.

Grandes tesoros contiene,
Ricos trofeos ostentas,
Y si del Prudente Rey
La poderosa diadema

Otras joyas no esmaltaran
Ni honraran otras proezas,
Bastaras tú para hacer
Su memoria sempiterna.

¡Mas ¡ay! que entre tantas cosas
Que me admiran y embelesan
Descubro otras que en mi mente
Tristes recuerdos despiertan!

¡Qué sucesos tan diversos!
¡Cuán encontradas escenas
Han presenciado en silencio
Tus galerías extensas!
Más de una vez de tu suelo
Habrás teñido las piedras
La sangre que al golpe rudo
De disciplina severa
Ha brotado de los miembros
De fervorosos ascetas.
Mas de una vez habrás visto
Al cielo, cual una ofrenda,
Ascender sus oraciones
Sus llantos, sus penitencias;
Y más de una vez el viento
Que de la vecina sierra
Rompe como un torbellino
Lanzando aullidos de fiera,
Y al estrellarse en tus muros
Zumba con furor y trueno,
Habrás sus tiernos suspiros
Sofocado con violencia.

También has sido teatro
De escandalosas revueltas,
También tu templo ha llorado
Profanaciones horrendas.

Aún en ti miran mis ojos
Señales bien manifiestas
De la furia y vandalismo
De aquellas huestes francesas,
Que al poner en ti su planta
Y como en són de protesta
Contra la ruda derrota
Origen de tu existencia,
De su paso y hospedaje
Dejaron tan triste huella.
¡Cuántos tesoros robaron!...
Cálices, sacras, patenas,
Crucifijos, candelabros,
Arañas, preciosas tecas,
Relicarios que encerraban
Venerandas osamentas,
Impresos y manuscritos,
Joyas del arte y la ciencia,
Cuadros de inmenso valor...
Todo fué botín y presa
De rapiña y de pillaje
De sus uñas carniceras.

Con dolor también mis ojos
Indicios en ti contemplan
De otro bárbaro suceso
De otra más próxima fecha.

Aún viven en ti recuerdos,
Aún bien reciente conservas
En tus anales escrita
Otra página sangrienta.
También sentiste los gritos
De la multitud inquieta
Que en una maldita hora
De embriaguez y de demencia
Intentó romper los lazos
Que unen el cielo y la tierra.
Y de tus tranquilos claustros
Al ser lanzado por fuerza
Los hijos del solitario
Del Oriente astro y lumbrera,
En tu asilo penetraron
Los vándalos de la ciencia,
Y destrozaron tus claustros,
Y profanaron tus celdas,
Y á las místicas plegarias
Y á los cantos del Profeta
Sucedieron los banquetes,
Las orgías, las blasfemias.

¡Cuánto perdió desde entonces
Tu primitiva grandeza!
Ya no llenaban tu templo
Los acentos de la orquesta;
Tus intrusos moradores
No contaban mano experta
Que el teclado de tus órganos
Recorriendo con destreza
Brotar hiciera á su impulso
Ondas de armonía edénica.
Ya no se acercaba el pueblo
Con la antigua fe sincera,
Ni en los más solemnes días,
Ni en las clásicas fiestas,
A escuchar del sacerdote
Las verdades evangélicas.
Ya á tus joyas más preciadas
Servíanles de cubierta
Los tejidos que formaran
Las arañas en sus telas.
Y el buho con gran misterio
Escondido entre las grietas
Que habían hecho en tus muros
Las lluvias y las tormentas,
Dejaba escapar al viento
Tristes ayes, hondas quejas.
Parece que en los decretos
De la eterna Providencia
Estaba ya señalando
El reloj tu hora postrera,
Imagen de un moribundo
Que está en agonía lenta,
Todos acabarse oían
Por momentos tu existencia.

Mas Dios sobre ti su vista
Tendió compasiva y tierna,
.
.
.
Y hoy cobijas á tu sombra

Y con tu ambiente recreas
De la ciencia nuevos héroes,
De le fe invictos atletas,
Es la legión que milita
Bajo la gloriosa enseña
Del genio más portentoso
Que la historia nos presenta;
Son los claros descendientes
De los Radas y Urdanetas,
Los que allá en remotas playas
Mantienen aún enhiesta,
A la sombra de la cruz,
De Castilla la bandera.

Acógelos en tu seno,
Préstales sombra benéfica,
Y pronto podrás lucir
Tus galas y tus preseas
Como en los tiempos felices
De tu más gloriosa época.
Que si en tu pasada historia
Registras vasta materia
Que puede servir de asunto
Para un grandioso poema,
Asuntos de más valor
Y de mayor trascendencia
Han de llenar los anales
De tu historia venidera.

FR. MANUEL DÍEZ AGUADO, O. S. A.

LA DIVINA PROVIDENCIA

I

MAGDALENA, niña de unos diez años, huérfana de madre, se ocupaba en recorrer, por orden de su severa madrastra, las calles de Londres en busca de limosna.

Tanto como se le hacía duro á la pobre niña el andar mendigando, se le hacía sumamente agradable el poder prestar algún servicio á los transeuntes, y ¡oh, con cuánta satisfacción aceptaba entonces las pequeñas retribuciones con que se la recompensaban!

Debido á esto, hacía algún tiempo que la muchacha, contraviniendo las órdenes de la madrastra, en vez de dar la vuelta por las calles de la ciudad, se fijaba en una de las principales, muy concurrida, y que le proporcionaba las ocupaciones que ella prefería á mendigar.

La verdad sea dicha, otra causa influía en el corazón de Magdalena para acudir todos los días á aquella calle y no moverse de ella, y eran las innumerables tiendas de hermosos juguetes que llenaban de gozo su infantil corazón. Ya que no podía comprar aquellos juguetes, se contentaba con asomarse á los escaparates para admirarlos. Llena de deseos, aunque reprimidos por la resignación, porque Magdalena no era envidiosa, pasaba largas horas delante de uno de aquellos escaparates, cuyos objetos, por su belleza, atraían preferentemente sus miradas.

Mil reflexiones y afectos acudían á su entendimiento

y á su corazón.—¿Cuál será, pensaba ella, la niña afortunada que podrá poseer aquella muñeca tan hermosa, que abre y cierra los ojos...? ¡Oh! ¿y aquel caballito tan bien enjaezado? La imposibilidad de poder ella poseerlos la afectaba ligeramente, pero en seguida se regocijaba imaginando el gozo que habían de sentir los afortunados niños que habían de adquirirlos.

En esto, cierto día, al separar por un momento sus ojos del escaparate, observa que dos niñas, á poca diferencia de su misma edad, muy hermosas, y que también parecían muy ricas, la estaban mirando desde la ventana de una casa de la esquina, próxima á la tienda que era objeto de sus encantos.

¡Oh, qué placer experimentó en su alma la pobrecita muchacha al ver que aquellas ricas y bellas niñas, con semblante risueño y lleno de benevolencia, le hacían señas para que se acercase! Así lo hizo con prontitud é infantil regocijo. Las palabras de dulzura y cariño que la dirigieron aquellas niñas ricas, finas, amables y de excelente corazón, la conmovieron profundamente.

¡Pobre Magdalena! Era protestante, no estaba bautizada; su padre, víctima del vicio de la embriaguez, nunca tenía para ella una palabra de cariño, ni tampoco la tenía su madrastra. Si bien vivía en su propia familia, con todo, se sentía sola en el mundo, y su educación había sido completamente descuidada. No es, pues, de extrañar que la benevolencia y el interés de aquellas encantadoras jovencitas llenaran su hermoso corazón de alegría y felicidad.

Desde aquel día la casa de las bellas niñas fué la meta de Magdalena, á la que llena de regocijo dirigía sus pasos. Eran dos las niñas, y admitían á la mendiga, introduciéndola furtivamente de sus padres, en el entresuelo en que se educaban y trabajaban, bajo el cuidado de una joven aya tan buena como aquéllas, y, como ellas, católica fervorosa.

Como primer regalo de las niñas, recibió Magdalena un Catecismo y una hermosa estampita que representaba al Niño Jesús, colocado sobre pajas en el portal de Belén, y otra que representaba á San José trabajando en su taller de Nazaret, teniendo á su lado á Jesús que le ayudaba, y, algo separada de ellos, á la Virgen Santísima ocupada en las labores domésticas. Añadieron á estos regalos un pequeño Crucifijo.

Las explicaciones que de cada uno de aquellos objetos hacían las niñas con inefable dulzura, llenaban de dulcísima alegría á Magdalena. ¡Pobrecita! tenía corazón, y por cierto tanto ó más hermoso que su bella figura, que era muy agraciada. De las explicaciones de los misterios de nuestra santa Religión brotan siempre raudales de purísimo amor: ¿qué mucho que al prender en su corazón, por primera vez, este dulcísimo afecto, alimento del alma, hasta entonces desconocido para ella, la llenara de felicidad?

Nuestra pobre mendiga no sabía leer, y sus amadas é inocentes *apostólicas* se propusieron instruirla en la lectura para poderla mejor iniciar en los misterios de la fé católica; y en aquella rica casa, á escondidas, recibía este beneficio, del que hasta entonces se había visto privada. Además, los pequeños juguetes y lo sobrante y superfluo de la comida de los niños, todo era para la pequeña protegida. Esta se creía en el colmo de la felicidad.

Estaban dados los primeros pasos en el camino del bien; Magdalena sabía leer un poquito; había aprendido de memoria su pequeño Catecismo; amaba con todo corazón aquella Sagrada Familia, cuya imagen con indecible fruición arrancaba de sus ojos dulces lágrimas de ternura; contemplaba todas las noches antes de acostarse y por la mañana, al levantarse, la imagen de Jesús crucificado, y ante ella rezaba fervorosamente las oraciones que había aprendido.

Cada día más regocijadas y animadas las buenas amiguitas, se gozaban viendo el ardiente amor que la niña mostraba al buen Jesús, á María y á José, y el vehemente deseo que tenía de pertenecer, espiritualmente por medio del santo Bautismo, á aquella Sagrada Familia y el regocijo que le producía el poder llegar á ser, como le aseguraban las niñas, su hermanita. ¡Hermanita de aquellas criaturas tan hermosas, tan ricas, tan buenas, tan amables y tan instruidas!

Mas ¡ay! mientras las jóvenes protectoras discurrían el medio de presentar la niña al sacerdote católico para que la incorporara en el gremio de los fieles, de un golpe lo echó á perder todo la dueña de la casa. Habiendo ésta sorprendido las relaciones de las niñas con una mendiga, deshizo sus inocentes planes, impidiendo y prohibiendo absolutamente toda clase de comunicación con ella.

En vano acude un día y otro á la casa de sus consuelos, de todos sus dulces encantos. Las ventanas aparecen siempre cerradas.

Magdalena se retira, cada vez, angustiada y llena de desolación. ¿Qué hará?

II

El pequeño Catecismo, las hermosas estampitas y el Crucifijo forman el único tesoro que queda á Magdalena de aquellas dulces relaciones que la hicieron tan dichosa. No importa, tiene con ello lo bastante, porque el buen Jesús, María y José la han tomado bajo su amparo.

Cada tarde, entrada ya la noche, la pobre, de vuelta de sus insoportables y largas carreras en busca de limosnas, se recogía en su miserable buardilla en la que su infeliz padre dormía el pesado sueño de la embriaguez, y su áspera madrastra la llenaba de injurias y reproches, y hasta de golpes con que desahogaba el mal humor producido por largos días de privaciones y miserias; pero una mirada á las estampitas, un recuerdo de lo que había aprendido de aquellas niñas angelicales, una máxima del precioso Catecismo devolvían á su alma la paz y el dulce consuelo.

Todas las noches se acostaba con alguna de aquellas palabras de la fe en los labios, cuyo significado, si bien no siempre comprendía, la gracia, empero, llevaba con ellas un bálsamo saludable á su corazón.

Por la mañana no descuidaba de repasar, en su memoria, las dulces lecciones tan cruel é inexorablemente interrumpidas, por las que había aprendido que existe un paraíso, donde los que han sido los últimos en el mundo, serán los primeros; allí los humildes serán ensalzados, y los pobres, ricos en el amor y gloria de Dios. Ella imaginaba la pobreza de la Sagrada Familia, los sufrimientos del Hijo de María, ora recostado

en las pajas de un pesebre, ora clavado en la cruz; y, en tales meditaciones, olvidaba la propia pobreza, la cruel desdicha y sufrimientos que padecía, cuando los comparaba con los sufrimientos de Jesús.

III

La pobre mendiga no descuidaba un solo día de pasar por delante de la casa de sus tiernas bienhechoras; mas ¡siempre hallaba la puerta y ventanas cerradas! Se contentaba, entonces, con besar el dintel de aquella casa bendita.

Un día en que iba á dar á su alma aquella leve satisfacción, observa, al inclinarse para besar el suelo, que sobre la nieve que cubría la acera hay un pequeño objeto: es una cartita en cuyo sobre se lee: *A lady Gracia Bernley*.

Aquel billete debía pertenecer á alguna persona, y Magdalena se creyó en el deber de restituirlo á su dueño; pero ¿cómo hacerlo?

¿A quién podrá dirigirse para pedir informes del domicilio de aquella señora? Pregunta á cuantos encuentra, y nadie sabe darle indicios siquiera de lo que pide.

En su afán, topa la pobre niña con una buena mujer, la que desde luego le muestra mucho interés en su asunto.

Clara, así se llamaba aquella mujer, siente irresistible simpatía en favor de Magdalena, porque le recordaba á su hija Rosita, niña encantadora que la muerte le acababa de arrebatarse, y le promete no descansar hasta haber satisfecho su deseo de descubrir la morada de lady Bernley.

Dirígese la buena Clara á un primo suyo, encargado de una parroquia protestante, confiada en que, por el conocimiento que éste tendría de las familias ricas, podría orientarla. Repasó el sacristán la lista de los miembros de su congregación, y, no encontrando el nombre que se le pedía, concluyó por decir: «La señora por la cual preguntáis debe de ser sin duda una papista, y por lo tanto un ser despreciable.» Clara no le hizo caso, buscó por otra parte, y no tuvo reposo hasta que pudo plenamente satisfacer el deseo de su pequeña protegida.

Cuando Magdalena volvió, Clara la abrazó estrechamente como hubiese hecho con su amada Rosa, le ofreció un pequeño refrigerio, y quiso ella misma acompañarla al palacio de los Bernley.

Después de cinco horas de camino llegaron al término deseado. En aquella casa los pobres y todos los infelices tenían libre la entrada, pues la caridad de lady Bernley era inagotable. Clara y Magdalena fueron introducidas en un salón, notable por su sencillez, en el que encontraron el descanso para sus cuerpos fatigados.

IV

Lady Bernley no se hizo esperar. Era ésta una señora joven, de porte distinguidísimo, alta de talla, de aspecto imponente, pero acompañado de un semblante bondadoso y afable que atraía la confianza de cuantos la trataban.

Magdalena explicó brevemente el motivo de su visita, y entregó el objeto hallado.

Milady leyó el billetito y luego, sonriendo con dulzura, dijo: —¿Sabes leer, querida mía? Después, tomando las manos de la niña, mirábala con amor y, presintiendo que aquel encuentro había sido dispuesto por Dios, quien se había valido de las antiguas amigas de Magdalena que firmaban la tarjeta, daba de corazón gracias al Padre de las misericordias.

Quiso la señora conocer, hasta los pormenores, la historia de Magdalena, y ésta, con mucha gracia e ingenuidad, la satisfizo en sus deseos, sin faltar, empero, al respeto filial.

Al terminar la narración la dijo Milady:—Tú, con tu compañera, vais á pasar aquí la noche, pues sería grande imprudencia regresar, á estas horas, á vuestra casa tan distante; cenaréis aquí mismo, y después visitaréis la capilla. Adiós y buenas noches, y le dió un tierno abrazo.

Clara quedó en gran manera sorprendida de ver que una dama tan noble no se desdenaba de abrazar á aquella pobre niña. Ignoraba que aquella señora, viuda como ella, lloraba, además, al pie de una cuna, vacía de su hija única, y tenía también el corazón lacerado.

Media hora después era despachado un criado, provisto de toda clase de socorros, á casa de los padres de Magdalena, para darles cuenta del motivo de la ausencia de la niña.

Aquella noche bendita, después de la cena, pasaron las dos viajeras á la capilla donde se rezaban, en común, las oraciones. Allí milady Bernley pronunció algunas conmovedoras palabras para dar gracias á Dios por haber guiado hasta aquella casa y haberle proporcionado ocasión de hacer bien á dos almas que le eran muy queridas. Había concebido el plan de continuar la bella obra que habían comenzado aquellas jovencitas, que ya conocen nuestros lectores (las que eran parientes inmediatas de lady), y librar de la miseria á una familia entera.

Todo le parecía un sueño á Magdalena, y no acertaba á dar crédito á sus propios ojos al verse colocada en la bonita y cómoda estancia que se le destinó y en la que pasó la primera noche con Clara, su pobre bienhechora.

Al día siguiente su asombro y su gozo llegaron al colmo, se le regaló un bonito vestido de lana. Con él, y acompañada de Clara, asistió á la capilla, donde se explicaba el Catecismo. ¡Estaban allí también aquellas jovencitas sus antiguas amigas...!

Clara concibió ardientes deseos de imitar á Magdalena é instruirse en los dogmas de la fe católica. ¿Qué Religión, decía ella, puede compararse con ésta, que enseña una caridad tan perfecta y tan universal?...

V

Han transcurrido veinte años; lady Bernley no abandona nunca su palacio, y á la sazón Magdalena, que ya no se llama así, sino que es conocida con el nombre de sor Adela, se halla en su compañía. Hace pocos días que ha llegado de las Misiones del Tonkin, después de haber llenado los anales de la historia contemporá-

nea de la Iglesia con la fama de su caridad. Su primera visita ha sido á lady. Se hallan también allí las no ya jovencitas, sino señoras encoquetadas, aquellas niñas, instrumento de la Providencia, que hicieron para con la exmendiga el papel de apóstoles. El júbilo se revela en todos los semblantes, y la ternura en las lágrimas que brotan copiosas de los ojos. La Hija de la Caridad, sor Adela, está leyendo un interesante tratado que versa sobre la admirable y amorosa Providencia Divina.

Un detalle: sirven de registro al libro aquellas dos estampitas que ya conocen nuestros lectores, y que de tanto consuelo sirvieron á Magdalena en los momentos de sus más amargas aflicciones.

En aquella casa todo lo llena la Hija de la Caridad, sor Adela. Un anciano portero, en otro tiempo víctima de la embriaguez, pero ahora de conducta irreprochable, está llorando como un niño. Es el padre de Magdalena. Su dura esposa se halla presente, ablandada por la fe y las sanas doctrinas que ha abrazado. La caridad inagotable de la señora de Bernley ha obrado todas aquellas grandes transformaciones.

Hay en el palacio una mujer que nunca cesa de ensalzar las relevantes dotes y la caridad inagotable de la señora y que, en los momentos á que nos referimos, no aparta sus ojos de sor Adela; llora y ríe y tiembla, por la emoción, más que todos. Es el ama de llaves de la casa; es aquella Clara, que comprendida por lady Bernley, recibió, aún aquí en esta vida, la recompensa del bien que hizo á la pequeña Magdalena, de la cual no se había resignado á separarse, si no hubiese sido Dios quien llamaba al estado de perfección á la niña errante y mendiga de otros tiempos.

Mientras está descansando en Londres de las fatigas de las Misiones, y esperando que la destinen de nuevo, sor Adela no deja de visitar frecuentemente, con permiso de sus superiores, aquel palacio que tan dulces y dichosos recuerdos guarda. Ella y milady se entienden sin hablar. A cada visita de Magdalena, un mismo pensamiento lleva las miradas de las dos á un pequeño cuadro dorado que, colgado de la pared, está colocado sobre la cabeza de un magnífico Crucifijo. Para los indiferentes, aquel cuadro será una excentricidad; pues en su fondo de terciopelo hay colocada una vieja tarjeta de visita, bastante deteriorada por la mano del tiempo. Para las almas agradecidas que concurren á aquel palacio es un precioso y tiernísimo documento, que da testimonio de las inefables bondades que prodiga la Providencia del Señor en favor de las almas que en ella confían. Aquella tarjetita es la misma que una pobre mendiga recogía, cierta noche, de sobre la nieve de la acera de una casa, inexorablemente cerrada para ella, en la que vivían sus primeras bienhechoras.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. 5 pesetas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno 5, Ba rcelona

Fausta inclinó la cabeza, y dijo después de un largo silencio:

—Diomedes, si mi hijo sube un día al trono, seréis colmado de bienes, y se cumplirán todos vuestros deseos...

XV

HIPÓLITO

Una nueva vida se había abierto para Lea desde el día en que, junto al sepulcro de sus padres, la fe iluminó súbitamente su entendimiento y el amor de Jesucristo penetró en su corazón. Habíase roto el velo que le ocultaba la verdad, y ésta hirió de repente los ojos de su espíritu; así, cuando en la cima de los Alpes una densa niebla oscurece la naturaleza y oculta la magnificencia de un paisaje, levántase un fuerte viento que la disipa, y aparecen los valles de la Lombardía con sus azuladas aguas y sus espesos bosques. Lea, pues, creía ó por mejor decir veía estas sublimes verdades que su padre y su madre habían sellado con el martirio, y pareciale que su propia sangre, sangre de Mártires, hervía en sus venas por Cristo y por su Ley. Iniciábase en la vida cristiana bajo la dulce dirección de Elena y de Constancia, y esperaba el Bautismo con la impaciencia de un alma que desea unirse con Dios, y que se espanta á la vista de las barreras que todavía le separan de Él. El estudio, el trabajo, la visita de los pobres, ocupaban sus momentos, y cuando su pensamiento salía un instante del horizonte en que la fe le retenía, podía mecérse en dulces perspectivas sobre su porvenir. Crispo deseaba hacia mucho tiempo que Lea fuese cristiana para tomarla por esposa; había confiado este secreto á su augusta abuela y á Constancia, y ambas trataban á Lea como á una hija, como á una hermana muy querida. Solamente, por respeto al divino amor, nadie hablaba abiertamente á Lea de la felicidad que el amor de un esposo podía reservarle; su corazón y sus ojos quedaban modestamente ocultos bajo el velo de las catecúmenas, pero no ignoraba que al dejar el blanco ropaje del Bautismo, vestiría el traje nupcial, y que el nombre de hermano que en su pensamiento daba á Crispo, sería sustituido por otro título más íntimo y más querido.

Sus conversaciones con la princesa Constancia habían tomado también un carácter más íntimo y confiado; el lazo supremo de las almas unía las suyas para lo futuro; animábalas una misma fe y unas mismas esperanzas, y sus pensamientos se inclinaban naturalmente hacia los mismos objetos y los mismos deseos:

—Quisiera que pudiésemos vivir siempre como hoy, decía Constancia á su amiga; mi alma no tiene más que un solo deseo, y este deseo lo cumpliré un día.

—Veamos cuál es, hermana mía, dijo Lea.

—Quisiera retirar las reliquias de mi amadí-

sima Inés del cementerio en que reposan, para colocarlas debajo de un altar, que es el verdadero lugar de los Mártires inmolados á Cristo; luego, en torno de este altar, construir un templo de mármol blanco todo, que sería como una túnica echada sobre los preciosos restos de mi santa amiga; y cerca de la iglesia construiría una casa en la cual algunas diaconisas cuidasen á pobres ancianos y educasen á niños y á huérfanos.

—Es un deseo que puede tener la hija del César, contestó Lea sonriendo. Yo también he formado otro muy sejante...

—Que la esposa de Crispo podría realizar, dijo Constancia también sonriendo. ¿Veamos cuál es?

—Levantar un sepulcro, ó por mejor decir, un altar á mis padres: el santo Pontífice Silvestre lo bendeciría, y todos los días algunos sacerdotes celebrarían los divinos Misterios en dicho altar, y enseñarían el Evangelio á los que viniesen de lugares distantes para venerar los santos Misterios, como aquellos Santos de la Persia, cuya historia me habéis contado.

—San Mario y Santa Marta, ó San Abdón y san Senén, continuó Constancia sonriendo, los cuales fueron martirizados á su vez.

—Ahora comprendo, hermana mía, la dicha de los que morían por Jesucristo; antes lloraba á los autores de mis días, aun entonces que creía á mi padre muerto gloriosamente en un combate, y á mi madre muerta pacíficamente en su lecho; reflexionaba cuánto debió sufrir mi madre en su corazón muriendo tan joven y dejando una hija en la cuna: y ahora veo que en vísperas de morir, amenazados, torturados, llenos de insultos, mis padres eran felices; en sus últimos momentos veían la gloria del Señor, su fuerza les sostenía, su paz les consolaba, y depositaban su hija en los brazos de un Padre lleno de misericordia. ¡Dios se ha acordado de la confianza de los justos, y ha hecho que no fuera vana!

—Sí, querida Lea, y en su bondad os permite hacer el bien y trabajar por su gloria. Vuestro padre y vuestra madre dieron con su sangre testimonio de su fe, y sellaron las verdades del Evangelio; su ejemplo no cesará de conmover y convertir almas, pero á nosotras nos espera otro destino; el Señor será nuestra herencia, pero con otra condición: los Mártires han acompañado á Jesucristo al Pretorio y al Calvario; nosotras deberemos acompañarle en sus viajes apostólicos, y como Él mostrar la belleza del Evangelio curando á los enfermos, instruyendo á los pobres. ¿No fué de esta manera que Nuestro Señor se dió á conocer á San Juan Bautista? Los hombres conocerán también, con esta señal, que nuestra fe viene del cielo.

—Vos, Constancia, de corazón tan compasivo, cuidaréis á los enfermos; yo quisiera instruir á los ignorantes, y cuando pienso en tan-

Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pastetempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella. — 75 cént. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Sin Dios**, por R. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Espera**, por Aurora Lista. — 75 cént. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Cadena de oro**, por Aurora Lista. — 1.25 ptas. en rústica, y 1.75 ptas. en tela. — **La Firma del banquero**, por Aurora Lista. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Anisia**, una virgen-apóstol del siglo IV. Novela histórica, traducida y arreglada del francés. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Una madre como hay muchas**, escenas de la vida íntima, por D. F. de P. Capella. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Dirigirse á D. Miguel Casals**, Pino, 5, Barcelona.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

tos pueblos que no conocen á Jesucristo, arde mi corazón dentro del pecho. Quisiera llevar el Evangelio á tantas almas que viven entre tinieblas; á esos bárbaros que amenazan el Imperio; á las regiones del Asia y del Africa, á las Galias, á la Germania, á todas partes donde hay seres capaces de conocer y amar á Dios!

—Yo también (dijo un día la emperatriz Elena que asistía á su conversaci6n), aunque soy vieja y mis días estan contados, quisiera antes de mi muerte visitar la Judea, seguir las pisadas de nuestro Salvador, subir al Calvario, descender al santo Sepulcro, y descubrir el paradero de los instrumentos de su dolorosa Pasión. Tal es el gran deseo de mi vida, y si en el lugar que ocupa uno de los templos donde los paganos sacrificaban á Venus ó Juno pudiese yo levantar una iglesia que guardase la cruz, el sudario y la corona de espinas, me parece que dejaría gozosa este mundo y que iría á mi Dios con mayor confianza.

Estas conversaciones se renovaban á menudo: la sociedad cristiana salía de las catacumbas, como un árbol magnífico cuyas raíces han arraigado profundamente y desde largo tiempo en tierra: hasta entonces la tempestad había arruinado los establecimientos que había querido fundar: al fin iba á reinar, instruir, consolar; y sus hijos, llenos de celo por la gloria de su Madre, procuraban mostrar á todas las miradas su gracia y su poder. La savia brotaba de las ramas, y ¡qué frutos y qué sombra dió el árbol inmortal!

Un día, la Emperatriz y su hija explicaban á su amiga y protegida las simbólicas ceremonias del Bautismo, mientras sus domésticas arreglaban vestidos que debían servir para viejos esclavos que sus amos paganos habían abandonado en la isla de Esculapio, y á quienes los cristianos habían recogido. Todo era paz y serenidad, y Lea dijo al fin con indecible sonrisa:

—¡Cuán feliz seré el día en que caerá sobre mi cabeza el agua santa! ¡Razón tenéis, querida Constancia, en querer que se represente en torno del baptisterio ciervos que se abrevan con placer en el agua de una fuente! ¡mi alma tiene también sed de esas aguas!...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando sonó un ruido siniestro, seguido de gritos y pasos precipitados, en la larga galería que comunicaba la habitación de las dos Princesas con la de Fausta. Constancia se levantó, pálida y estremecida.

—¡Es la voz de mi hermano! exclamó.

Lea la reconoció también, y temblaba como si un rayo hubiese caído á sus piés. Abrióse la puerta, y lo que vió entonces excedió al más cruel presentimiento. Crispo, apoyado en hombros de un antiguo criado, entró cubierto de mortal palidez, con paso vacilante, con la vista extraviada, y fué á caer en los brazos de su abuela. Su túnica estaba inundada de sangre, que

manaba de una profunda herida en el pecho.

—¡Oh hijo mío! ¡hijo mío! exclamó Elena, ¿quién te ha tratado así? déjame déjame restañar esta sangre y curar esta horrible herida!

El Príncipe, casi sin sentido, fué tendido en tierra sobre almohadones, y Constancia descubrió su herida; algunos lienzos preparados para los pobres restañaron la sangre; Crispo abrió los ojos, y dijo en voz baja á su abuela, que estaba inclinada hácia él:

—Voy á morir... inocente, inocente del crimen por el cual me ha herido mi padre... Fausta me ha calumniado... ¡pobre padre mío!... ¡oh! cuánto le pesará...

No pudo concluir: la muerte se cernía sobre él; Lea y Coustancia con las demás mujeres llenaban el aire de lamentos de dolor; la Emperatriz con más calma en medio de su aflicción, y más acostumbrada á sufrir, levantó la cabeza del joven Príncipe, y le dijo con ternura inexplicable:

—Hijo mío, un instante te queda... ¿Quieres recibir el Bautismo?

—¡Sí, lo quiero!

—¿Perdonas á todos, á Fausta, á tu desgraciado padre?

—Sí, perdono á Fausta y amo á mi padre... ¡decídselo!... ¡Dios mío! purificad y recibid mi alma!

La Emperatriz mandó le trajesen una copa llena de agua, y dijo á su nieto:

—Hijo mío, aviva tu fe. ¿Crees?

—Sí, creo todo lo que enseña la Iglesia.

—Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua corrió sobre la rizada cabellera y la pálida frente del Príncipe, y una celeste esperanza llenó de improviso todos los corazones...

—¡Adiós! dijo con voz apagada; ¡adiós, madre mía, hermana mía! ¡adiós, Lea! mi anillo...

Probó inútilmente de quitárselo, en vista de lo cual hizolo Constancia, y lo puso en el dedo de Lea. Crispo pareció satisfecho. Algunos suspiros precedieron á su corta agonía, y espiró apoyado en el regazo de su abuela, ¡feliz de ser cristiano, feliz de escapar por la muerte á la diadema!

Elena confió el cuerpo á los domésticos que habían acudido; confió Lea á Constancia, y ambas á Dios, y luego fué al encuentro de su hijo Constantino. El poderoso Emperador se estremeció viendo entrar á su madre en el apartado aposento donde se había retirado. Allí luchaba contra los remordimientos de su crimen y contra el furor que las palabras de Fausta habían encendido en su alma.

—¡Crispo ha muerto! le dijo la Emperatriz.

—Ha merecido la muerte, contestó el Emperador con voz trémula y apagada; me había ultrajado; Fausta le ha acusado, y el griego Diomedes ha sido testigo del crimen.

(Se concluirá).

LA LEYENDA DE ORO
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.—VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA
Acaba de terminarse la quinta edición de tan importante obra, en 4 hermosos tomos en cuarto. Compuesta del clásico texto del P. Rivadeneire y de los mejores escritos de otros autores; está adaptada á las necesidades modernas, con varios estudios sobre los errores de los sectarios contra Nuestro Señor Jesucristo, y con las vidas de los Santos canonizados desde 1855 hasta nuestros días, cuyo trabajo se debe á la inspirada pluma del M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.^a Villarrasa, Arcipreste de la Catedral de Barcelona. Los Prelados españoles en número de 51 han enriquecido con copiosas indulgencias la lectura de tan útilísima obra, que recomendamos á nuestros suscriptores en la seguridad de que ha de ser de su completo agrado. Para los pedidos y demás condiciones dirigirse á los editores Sres. L. González y C.^a, Lauria, 78, Barcelona.